

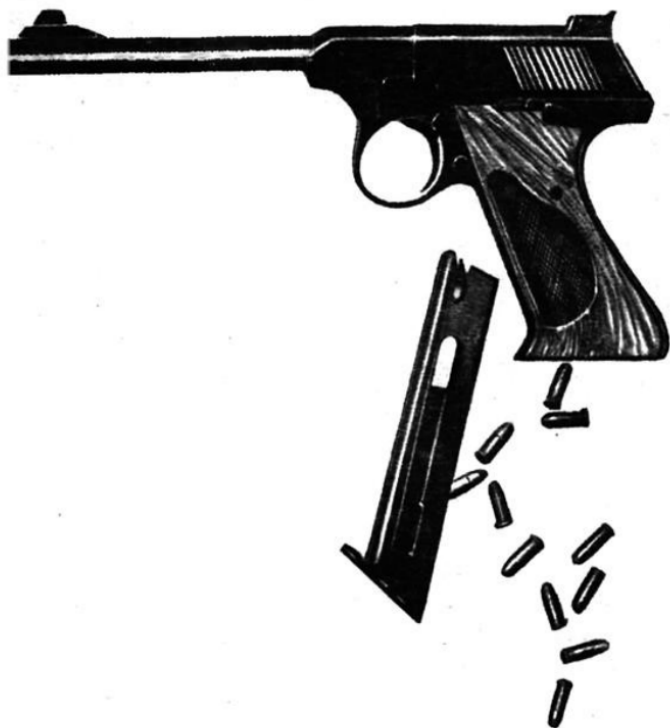
FBI



**MORTIMER
CODY**

**Los CONGENERES
de Mister PENN**





MORTIMER CODY

LOS CONGENERES DE MISTER PENN

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

© MORTIMER CODY

Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.

PINTO (Madrid)

Publicación semanal,
aparece los viernes.

Cubierta impresa en FOLDING ROBLE MADERA
de TORRAS HOSTENCH, S. A.



Printed in Spain

D. L. M. 33.047-1973
ISBN 84-04-02025-6

GRAFICAS LORMO - Isabel Méndez, 15 - MADRID - 18

I

EN aquel rincón del Biscayne Bay, Normandy Island, en Miami Beach, el colorido en el fondo del mar era excepcional. La profundidad era más bien escasa, pero había peces de colores; había fósiles, masas de coral que parecían partirse en mil colores, ante la extasiada vista de aquel hombre.

Buceaba sin equipo; por dos razones. La primera, sus bien dotados pulmones, pese a que ya no era un hombre demasiado joven. La segunda, por lo dicho: escasa profundidad.

Además, era un simple juego. Mister Penn, por lo general, solía realizarlo en los bellos atardeceres en la bahía..., que eran casi todos. Iba solo a la playa, distante apenas media milla de su bonito chalet, en Sarazen Street; sus juegos gustaba de realizarlos a solas, y de ese modo prescindía, en lo posible, de la presencia de Verónica, su esposa. También liberado de la presencia de Alice, la incommensurablemente estúpida hija de su esposa.

Hasta entonces, el señor Penn no había experimentado los síntomas de la asfixia.

Lo estaba comprobando, sufriendo...

No sabía cómo había ocurrido; no había visto nada... Cuando se sintió atrapado por cuatro fuertes manos, tuvo la primera noticia. Quiso emerger entonces, pero las manos además de fuertes eran hábiles, y mister Penn, de súbito sin aire, atolondrado por el inesperado ataque, se limitaba a unos desesperados movimientos, cuyo único resultado era agotar hasta el límite la capacidad de sus pulmones.

Apenas veía las borrosas siluetas; gigantes... Gigantes, sí. O, por lo menos, lo parecían entre dos aguas, sujetándole, hundiéndole, llenándole de angustia.

Y jugaban con él; le habían sacado a flote, y míster Penn concentró su escasa lucidez de aquellos momentos en inundar de aire sus pulmones. Hizo bien, ya que dos segundos más tarde volvía a las profundidades.

Y el hermoso colorido de poco antes adquiría, ante su especial visión, tintes oscuros, tenebrosos, de abismo mortal...

No podía más... Su respiración eran unas burbujas que afloraban a la superficie; conoció el sabor del mar... Y aquellas manos gigantescas y hábiles seguían sujetándole, impidiéndole emerger, respirar. De nuevo salió a la superficie; apenas pudo aspirar una bocanada de aire, con espuma y agua...

Quería pedir socorro, quería hablar, seguía manoteando...

Le agarraban, por los cabellos entonces; a la superficie de nuevo. Su boca estaba muy abierta, los ojos enrojecidos y saltones... Respiró con ansiedad, pero no descendía, no tiraban de nuevo de él hacia abajo. Estaba en la superficie, sí, asido por los cabellos...

El bello atardecer era, ante su mirada, una cortina espesa y roja.

Notó, sin embargo, que se le aclaraba la visión. Aquel rostro moreno, ancho, aquellos ojos oscuros, con una profundidad abismal en las pupilas, estaban fijos en los suyos. No veía al otro hombre que le sujetaba, pero era más que suficiente.

—Es un aviso, William Penn. Un nuevo aviso. Nuestra paciencia está llegando a su límite. ¿Está en condiciones de comprenderme?

Le entraba agua, espuma... El miedo impedía que su respiración actuase con desahogo.

—¿He de repetirlo, William Penn?

—No...

N-no,

no... Por favor... Por favor, cumpliré...

—No es la primera vez que lo promete. Esperamos que sea la definitiva.

—S-sí... Lo prometo... Por favor...

Aquella mirada negra, sin fin en el fondo... Aquellas manos fuertes, grandes, morenas...

—Para que no lo olvide, William Penn —dijo el hombre.

Lo hundieron.

Allí, le estaban asfixiando; no podía más... Estallarían sus pulmones, reventaría sin remisión. Necesitaba aire... Quería chillar

que cumpliría su promesa...

—¡William! ¡William...!

Le zarandeaban, se asfixiaba...

—William, ¿qué te ocurre? ¡Despierta...!

De pronto, míster Penn quedó sentado en el lecho, de un salto. Estaba empapado en su propio sudor; los ojos enrojecidos y saltones, la faz descompuesta, casi irreconocible; su resuello, en la amplia y lujosa habitación, resonaba con fuerza...

Con total desconcierto, míster Penn miraba en torno. Estaba en su lecho, con Verónica, con su esposa... Y ésta, desde el borde de la cama, sin bata, casi sin nada, le miraba con... miedo; con estúpido miedo, sí. Parecía una indefensa bestezuela amenazada por el aguijón del alacrán...

—William..., ¿puede saberse qué sucede contigo? —inquirió Verónica, al comprender que míster Penn estaba en condiciones de oírla, de entenderla.

Míster Penn se pasó una mano por el descompuesto y sudoroso rostro. Su cabello oscuro, con manchas grises, estaba desgredado, y húmedo también; el pijama estaba en desorden...

—¿Vas a responderme o no, William? —Sonó un poco estridente la voz de Verónica.

Por fin, míster Penn encontró la voz; ronca, apagada:

—Era... era una pesadilla, Verónica... Siento haberte despertado... —musitó.

—¡No es la primera vez! Estos últimos días estás imposible, William. Dime: ¿la pesadilla de que te ahogaban?

—S-sí... Exacto. Otra vez.

Verónica hizo un gesto de impaciencia.

—¿Quieres tomar algo, o te sientes mejor? —inquirió.

—Estoy bien, no te preocupes. Duerme, Verónica.

—Si me dejas... Quisiera saber qué te sucede...

—Nada... Tonterías. Mis nervios están un poco alterados, eso es todo.

—Deberías cuidarte más, entonces.

—Intentaré hacerlo. Vuelve a tu cama, querida. Fumaré un cigarrillo para sosegarme, pero no temas; fumaré a oscuras... —dijo míster Penn.

La mirada azul de Verónica expresaba duda; vacilaba, pero

acabó por decir:

—Deberías consultar al doctor, William.

—Lo haré. Mañana, Verónica...

—Conozco esa respuesta, William.

—Ya sé, ya sé... Pero va en serio. Consultaré con el doctor. No te preocupes más. Necesito sólo un cigarrillo para conciliar un sueño normal.

—Está bien... Pero mira de ser un poco más considerado conmigo —dijo Verónica.

Se deslizó, somnolienta, hacia su lecho, bajo la mirada de míster Penn; una mirada en verdad extraña. Lo mismo podía expresar un odio casi irracional, que un amor sin medida. En todo caso, lo único claro era el eterno deseo que brillaba en el fondo de los ojos de míster Penn, cuando tenía a su espesa delante.

Verónica era, a sus cuarenta y dos años, una mujer bellísima. Sus formas, realzadas, magníficas, turgentes, nunca del todo veladas con sus ropas de cama solían desvelar muchas noches a míster Penn. Verónica, además tenía, un rostro en verdad atractivo; con aquella boca aún joven y cálida, aquella cabellera rubia, larga, perfecta, que ella cuidaba con esmero...

Se metió en la cama, y apagó la luz de su mesita de noche.

William Penn aún la miraba.

—Has dicho que fumarías a oscuras, William.

—Sí, querida.

Penn encendió el cigarrillo y apagó la luz.

Se había casado con Verónica por la extraordinaria y deslumbrante belleza de ésta; sólo por su belleza. Había que reconocer que Verónica era totalmente huérfana de otras cualidades; sólo era guapa...

A William Penn ni siquiera le había importado que Verónica aportara al matrimonio una hija, Alice, de veintidós años, menos guapa que su madre, e infinitamente más detestable... No obstante, Penn no se había arrepentido aún. La belleza de Verónica había sido para él como un latigazo que deja herida... Necesitaba aquella belleza... Ante todo.

Fumaba; el cigarrillo trazaba un arco rojizo.

Lo que Verónica ignoraba era que aquellas pesadillas repetidas no eran más que una representación de algo que había sido real.

Sí, había ocurrido. Verónica ignoraba que tres días antes, el señor Penn pudo morir ahogado a manos de dos gigantes morenos...

Era real... Real, sí. Y volvía cada noche a su mente; el suceso parecía haberse grabado indeleblemente en el cerebro de míster Penn.

Y él no cumplía su promesa...

No era tan fácil. Estudiaba, pensaba, pero la solución parecía estar fuera de su alcance.

En los últimos días, el señor Penn no se atrevía a tomar su baño a solas, ni realizar sus juegos en aquel bello rincón de la bahía. Míster Penn tenía miedo de enfrentarse de nuevo a aquellas cuatro grandes manos morenas, a la tortura de los síntomas de asfixia... Y, en especial, a tener que responder, prometer de nuevo, dar explicaciones...

De ahí que William Penn, al concluir la jornada en la fábrica, en Miami, junto a los muelles, regresara directo a su chalet de Sarazen Street, un chalet casi suntuoso.

Se metió en el chalet, y fue directo a su despacho-biblioteca; un lugar que resultaba, aparte de acogedor, exótico. Había mucha decoración; estatuillas, cuadros, armas raras... En otros tiempos, el señor Penn cuando sus espaldas aún no amenazaban con inclinarse, había sido piloto civil aventurero...

—No... No, no...

Estaba quieto, demudado el rostro.

Los dos gigantes estaban allí.

Míster Penn estuvo tentado de retroceder, pero la vez le paralizó:

—Hemos venido a darle un ultimátum, William Penn.

Nunca tragar saliva le había parecido a míster Penn un tremendo esfuerzo; más bien algo que se hacía con naturalidad... Pero la saliva parecía solidificarse en su garganta.

—L-lo..., lo estoy estudiando...

—Ha tenido tres años, tres largos años, William Penn.

—No es tan fácil... Hemos podido conversar como seres inteligentes, antes de pasar al terreno de las amenazas... — musitaba, con un hilo de voz, el señor Penn.

—A pesar de sus palabras, míster Penn, insisto: esta entrevista

significa un «ultimátum». Y vamos a hacer una demostración de cosas que hemos aprendido en estos últimos tiempos.

Apenas acabó de hablar, el hombre moreno, recio, con ojos insondables, asestó a míster Penn un feroz puñetazo en el estómago; un golpe casi demoledor. William Penn, amarillento el rostro, con la boca desmesuradamente abierta, se arrugaba ante el impacto. El silencioso congénere de Penn, el que no había abierto la boca, ya estaba detrás de él, y le levantaba los brazos.

El segundo puñetazo fue peor que los síntomas de asfixia.

Era como la agonía del final de la vida...

El tercero, le convirtió en un saco laxo, sin capacidad ni para gemir.

Y así, hasta media docena de tremendos puñetazos, todos en el estómago. Estaba de rodillas en el suelo, con la frente humedeciendo el suntuoso mosaico. Sin vestigios de fuerza, sin un hálito de vida. Cayó de costado, con las rodillas casi tocando el vientre.

II

EN el salón del chalet, las dos mujeres estaban sentadas; el hombre paseaba, fumando, con una expresión concentrada. Era un hombre casi obeso, con cierta expresión de tipo despierto. En cuanto a las mujeres, quizá sea más propio decir que, si bien Verónica estaba sentada, Alice, su hija, estaba apoltronada, tirada, en un sofá, contemplando al trasluz el color, la transparencia, de su tercer *whisky*.

Alice era la indiferencia personificada. Verónica mostraba cierto nerviosismo, por el contrario, y fumaba continuamente.

De vez en cuando sonaba su voz:

—Algo le ocurría, claro... Esas pesadillas repetidas, continuas... No quiso confiar en mí...

Alice le dirigió una mirada irónica, sin el menor disimulo, pero no despegó los labios. En cuanto a míster Naismith, el socio inteligente de míster Penn en la industria, seguía paseando, cabizbajo; no se molestaba en prestar atención a Verónica; ésta tenía espectáculo, atractivo, por fuera; en su cuerpo, en sus formas, en el rostro... Pero era aburrido mirar dentro de su cabeza. Allí no había nada: viento, solo...

—¿Qué puede haber ocurrido, Dios mío...? —musitaba Verónica.

—No te devanes el cerebro, mamá —dijo Alice—. Has avisado al FBI, ¿verdad?

—Claro... Hace más de veinticuatro horas que no sabemos nada de William... Quizá he debido llamar antes al FBI.

—No te preocupes, entonces. Ellos resolverán lo que sea. Personalmente, dudo de que se trate de algo grave.

Verónica la miró con cierta expresión dolida.

—Me pregunto Alice, qué es lo que tú consideras grave... —murmuró, con reproche—. William es mi marido, y es bueno con nosotras.

—Sin duda, mamá, sin duda... Pero los hombres tienen cosas raras.

—Tú no estás en condiciones de juzgar a los hombres, y menos a William —dijo Verónica.

—Como quieras... —Alice volvió a lo suyo, al *whisky*.

Verónica, entonces, miró al señor Naismith.

—¿Qué opina usted, Douglas? —inquirió.

El socio de míster Penn vacilaba; meneaba la cabeza.

—No sé... Es preocupante, a mi modo de ver las cosas. Pero no me atrevo a formular una opinión...

—¿O se trata de que no quiere asustarnos? —inquirió Verónica.

El señor Naismith las miró.

—Bien... Una desaparición de veinticuatro horas, o más... Yo diría que se trata de un secuestro, señora Penn...

—¿Un secuestro? —exclamó Verónica, irguiendo la espalda, y mirando muy asombrada a Naismith.

—No sé..., quizá he dicho una tontería...

—Pero..., ¿con qué objeto? No lo comprendo... —decía Verónica—. No me parece que...

El teléfono; sonaba el teléfono.

Los tres reunidos en el salón cambiaron miradas, mientras el aparato seguía dejándose oír.

—¿Contesto yo, señora Penn? —musitó Naismith.

—Es mejor que lo haga yo, ¿verdad?

—Dadas las circunstancias, creo que sí...

Verónica alargó la mano, tomando el aparato que le tendía míster Naismith, aprovechando el extensible. Descolgó. Con poca voz inquirió:

—¿Diga? Aquí la señora Penn...

—Escuche atentamente, señora Penn. No debe temer por su esposo, si está dispuesta a colaborar y obedece. ¿Lo comprende? Su esposo está bien, se encuentra con nosotros y nada le ocurrirá si usted reúne un millón de dólares y lo deposita en el lugar que le digamos, en el momento en que nosotros se lo comuniquemos.

Verónica estaba muy pálida.

Aquello era nuevo para ella; una aventura inesperada...

—¿Está dispuesta a colaborar, señora Penn?

Era una voz profunda, desconocida.

Verónica consiguió tragar saliva al fin, y susurró:

—Sí, sí... Haré lo que me digan...

—Perfecto. Muy en breve, pues, tendrá de nuevo noticias nuestras. Repito que no debe preocuparse por su esposo.

—Pero... ustedes han podido matarle... ¿Cómo sé que no me engañan? —inquirió, temblorosa la voz, Verónica.

Hubo dudas al otro lado del hilo. Verónica captaba rumores ininteligibles, muy apagados. Luego, aquella voz:

—¿Se convencería si hablase con su esposo?

—¡Por supuesto! —exclamó Verónica.

—Sólo un minuto, señora Penn.

—Sí, sí...

Naturalmente, Naismith y Alice se habían percatado que la llamada se refería a míster Penn, y estaban casi encima de Verónica, tratando de captar algo, a la expectativa.

—Verónica..., querida, debes hacer lo que te ordenen...

—¡William...! ¿William, estás bien...?

—Sí, por ahora... Tienes que obedecer, o me matarían...

—¿Quiénes son, William? ¿Qué...?

Se oyeron nuevos murmullos, y luego la primera voz, la del desconocido:

—Es suficiente, señora Penn. Y no olvide esta advertencia: no debe avisar a la Policía; una situación fácil y clara como ésta, se complicaría innecesariamente. Vaya reuniendo el millón de dólares; tendrá noticias nuestras en breve; piense que el tiempo es valioso para todos.

—Yo intentaré...

La habían dejado con la palabra en la boca, cortando la comunicación.

Verónica, con un gesto de cansancio, alargaba el teléfono. Naismith lo tomó, colgando y dejando el aparato en su sitio.

Luego, con ojos un poco mortecinos, Verónica miró a Naismith.

—Usted acertó, señor Naismith... —dijo, con voz débil—. Piden un millón de dólares de rescate... Eso me preocupa mucho. La verdad es que nunca me he preocupado de las finanzas de William,

y no sé si existe la posibilidad de obtener ese dinero...

La tranquilizó, de inmediato, la voz de Naismith.

—Podemos reunir el dinero, señora Penn... —murmuró el socio—. Es, naturalmente, una contrariedad para la industria... Distraer dinero invertido siempre es engorroso... No obstante, si me lo permite, yo me ocuparé de eso.

De súbito, Verónica soltó un grillito, y dijo:

—¡Me han ordenado que no avise a la Policía, y ya...!

Fue interrumpida; en aquellos momentos, se abría la puerta del salón y apareció George, el circunspecto criado, quien anunció:

—Los señores Howard y Clayton, agentes del FBI.

Se hizo el silencio en el salón.

Verónica, alarmada, nerviosa, estrujándose las manos, se puso en pie.

—Usted llamó por teléfono, señora Penn —empezó Esley—. Explicó lo que sucedía, pero le ruego que lo explique de nuevo, procurando no omitir detalles. Al mismo tiempo, agregará cualquier novedad que...

—No... No hay novedades... —cortó Verónica, nerviosa, con las pupilas dilatadas.

Esley la miró a los ojos; era mejor decirle con la mirada que estaba mintiendo. Por lo menos, la actitud de Verónica así parecía indicarlo. Y fue Alice la que intervino:

—Sí hay novedades, señor Howard...

—¡Cállate, Alice! —Casi chilló Verónica.

—Por favor, mamá... —sonrió—. Ellos se han dado cuenta. Además, creo que es conveniente confiar en el señor Howard..., en el FBI.

—¿De qué se trata, *miss* Penn? —inquirió Esley, mirándola con amabilidad.

—Soy *miss* Fairhaven —aclaró Alice—. Míster Penn es mi padrastro. Se trata de que aún no hace cinco minutos, mamá ha recibido una llamada telefónica de los secuestradores; solicitan un millón de dólares de rescate. Y ahora, sí están dichas esas novedades, señor Howard. Creo que ya sabemos a qué atenernos.

Verónica parecía desolada. Gimió:

—Alice..., dijeron que podrían complicarse las cosas... ¡Pueden matar a William...! ¡El mismo me lo dijo...!

—¿Ha hablado con su esposo, señora Penn? —inquirió, rápido, Esley.

—S-sí... Está muy asustado... Yo quería saber estaba bien, y me permitieron hablar unas palabras con él...

Esley Howard asentía con movimientos de cabeza.

—Es importante saber que vive, señora Penn —dijo—. Y dice que han solicitado un millón de dólares. ¿Cuándo y dónde?

—Lo han dejado pendiente; volverán a llamar... Dios mío, no sé si hemos debido hablarle de esto. Alice ha...

—Miss Fairhaven se ha comportado de un modo inteligente, señora Penn —cortó Howard—. Al respecto, pues, como ella misma ha dicho, ya sabemos a qué atenernos. Ahora, por favor se trata de recopilar datos, detalles. Según explicó usted, su esposo desapareció anoche, en el club.

—Pues, sí... —Miró a míster Naismith, como pidiendo ayuda.

—Naismith, dijo:

—Yo estaba en el club. Había recibido una llamada de William, el señor Penn; me dijo que debía consultar conmigo cierto asunto; que le esperase. Así lo hice. No obstante, fueron transcurriendo las horas, y William no se presentaba. Yo, al principio, sólo estaba extrañado. Empecé a alarmarme cuando llamé por teléfono al despacho y me respondió el portero de la fábrica, indicándome que el señor Penn había salido hacía ya mucho rato, más de dos horas...

Esley escuchaba atentamente, así como Clayton.

Naismith prosiguió, en vista de que nadie le interrumpía:

—Eran más de las nueve, y no era corriente en William un... plantón, por decirlo así. De haber surgido algo que le impidiese acudir, me habría avisado. No sé..., empecé a pensar que podía haber sufrido un accidente de tráfico... Salí al jardín, y empecé a preguntar a todo el mundo. Nadie había visto al señor Penn, nadie sabía nada... No quise aún alarmar seriamente a nadie. Llamé a la señora Penn —miró a Verónica—. Y ella dijo que no sabía una palabra de William; sólo que era extraño en él que tardase tanto. Llamé también a mi propia casa, por si yo había oído mal y William había ido a verme allí... Tampoco. En fin, creo que agoté todos los recursos, ya francamente alarmado.

—¿Recuerda la hora, señor Naismith? —inquirió Esley.

—Pues..., me llamó a las cinco y media. Desde Miami al club,

dado lo cargado del tráfico, se tarda casi media hora... Ya le digo, a las nueve, o poco antes, empecé a llamar a todo el mundo, sin resultado. Entonces, sin saber qué hacer, salí del club, y fui al «*parking*» a buscar mi auto. Pensaba ir a casa, hablar con mi esposa, y luego, en todo caso avisar a las patrullas de la Policía... Pero no hubo necesidad al ir a tomar mi auto, vi el de William en el estacionamiento.

Esley asintió con movimientos de cabeza.

—Entonces, es de suponer —dijo—, que el señor Penn llegó al club. ¿O pudo utilizar otro medio de locomoción?

—No creo... Solía usar su «Fairlane»... Y allí estaba, en el «*parking*»... Naturalmente, el descubrimiento me sorprendió mucho. Era raro lo que estaba ocurriendo, máxime teniendo en cuenta que yo pensaba que el señor Penn estaba en el club... Creo que, si cabe, aún me asusté más. Removí todo el club, puse en movimiento a los empleados... William no aparecía. Para mí, resultaba inconcebible que hubiese desaparecido en el club... No había duda; su auto estaba allí, él había llegado... y desaparecido en el club, sin ser visto por nadie.

—Es, realmente, extraño —murmuró Esley—. De todos modos, puede entenderse que le estaban esperando en el club; se apeó, le apresaron... Diga: ¿el señor Penn solía ir al club?

—Pues, no. Muy rara vez —dijo Naismith—. Solía regresar a casa, e iba a bañarse a la bahía...

Los dos hombres del FBI cambiaron una mirada. Chocaba no poco que mister Penn hubiese sido secuestrado en el propio club; que fuese esperado allí, teniendo en cuenta que no solía frecuentarlo... Aquello empezaba a dar una idea de que quienes fuesen los secuestradores podían conocer bastante bien los movimientos de mister Penn. Tan bien, que incluso sabían que aquella noche iría al club, en contra de sus costumbres. Evidentemente, alguien que estaba muy cerca de Penn podía tener que ver con el secuestro.

—¿Algo más, señor Naismith? —inquirió Esley.

—Pues, no...

Esley, entonces, fijó su parda mirada en los ajos de la aturdida Verónica.

—¿Puede ayudarnos con algún otro dato, señora Penn? —

inquirió.

—No sé... Lo único que puedo decirles es que William, estos últimos días, descansaba mal... Tenía pesadillas cada noche... Incluso, hace ya tres días, llegué a casa un poco tarde, y le encontré en cama, con fuertes dolores de estómago... Dijo que algo podía haberle sentado mal. Estaba palidísimo...

—Eso podría ser debido a preocupaciones por cuestión de la empresa... —murmuró Esley—. ¿Había motivos, señor Naismith?

Naismith negaba con movimientos de cabeza.

—No... Mo los hay —dijo—. Nuestra fábrica funciona en todos los órdenes, y obtenemos un buen rendimiento al capital. No sé a qué pueden ser debidas esas pesadillas... Pero la gente atraviesa temporadas malas, ya se sabe... Un exceso de trabajo, a veces... No puedo achacarlo a nada relacionado con la situación financiera de la empresa. Si no me creen, los libros están a su disposición, señor Howard.

—Por favor... Le creo, míster Naismith. Cabe la posibilidad de que las pesadillas nada tengan que ver con el secuestro. Es más, se supone que los secuestradores no han actuado a ciegas... Han estudiado la persona idónea, y saben que míster Penn tiene ese millón. De ahí puede desprenderse la idea de una sana economía.

—Repito que la contabilidad está a su disposición —dijo míster Naismith.

—Olvídelo, se lo ruego. Diga, señor Naismith..., ¿hay alguien en la empresa capaz de saber que el señor Penn se proponía ir a verle en la tarde de ayer al club?

—No sé... Donna..., *miss* Conway, su secretaria.

—¿Es seguro que ella lo sabía?

—No. Claro que no... Por otra parte, aun de saberlo, dudo mucho que *miss* Conway ande mezclada con... ¡Es una idea absurda! —exclamó.

Howard esbozó una breve sonrisa.

—Tal vez, señor Naismith —dijo—. Pero piense un poco. El señor Penn no solía frecuentar el club, y es secuestrado allí, una tarde que sólo *miss* Conway... y usted, sabían que acudiría.

Naismith unió las rubias cejas.

—¿Me incluye entre los sospechosos, señor Howard? —inquirió.

—No sea tan susceptible... Me limito a apuntar unas ideas.

—Sin embargo, yo...

—No he deseado molestarle, ni acusarle de algo, señor Naismith —se apresuró a cortar el hombre del FBI—. Ahora, tengo que rogarles que nos tengan al corriente de cualquier nueva llamada o noticia que tengan de los secuestradores. Por nuestra parte, iniciaremos la investigación sobre el terreno.

—Cuando los secuestradores sepan que ustedes intervienen, son capaces de matar a William... —gimió Verónica.

—Seremos discretos, señora Penn. Una de nuestras obligaciones consiste en no poner en peligro la vida de su esposo. Confíe en nosotros.

Verónica suspiró.

Su estrecha mente trataba de forjarse un retrato de sí misma vistiéndolo de luto...

III

ACABABA de abrirse la puerta, y el agente especial Clayton entró en el despacho del inspector Sturgeon, jefe de la Delegación del FBI en Miami. Con el inspector se encontraba también Esley Howard, que había estado dando vueltas por el despacho, reflexionando.

—¿Y bien, Clayton? —inquirió el inspector.

—Yo diría que nada, señor.

—Nada es muy poco, ¿verdad? —Gruñó Sturgeon.

—No hay indicios de algo turbio... —decía Clayton—. Aquí tengo los informes de los investigados en primer lugar. Míster Naismith y *miss* Donna Conway. Sólo ellos sabían que míster Penn iría al club aquella tarde.

—Empieza por Naismith —dijo Esley.

—Pues para empezar, digamos que es casado, padre de cuatro hijos, y un hombre inteligente, con estudios superiores de Química, que no concluyó. De ahí que se dedique a actividades industriales; cuestión de tintes de anilina, y demás... En sociedad con Penn, quien aportó el capital. Penn no tiene idea del proceso de obtención de los tintes... Pero sigamos con el capítulo personal de Naismith un tipo que vive con su mujer, la suegra y cuatro diablillos, y es feliz, afable, buen padre, buen esposo y buen yerno... Demonios, ése merece una medalla, en lugar de pasar como sospechoso en un caso del FBI.

—¿Cómo anda de dinero? —inquirió Esley, sin dejarse impresionar aún.

—Bien. Vive a tono con sus elevados ingresos, comprobados. Paga sus impuestos, y es un ciudadano muy estimado.

Esley no quería rendirse aún.

—¿Mujeres? —inquirió—. ¿Qué hace en el club?

—Nada de mujeres, que se sepa. Y no tiene tiempo. Cada miércoles y viernes va al club, a realizar una partida de «*bridge*», concertada. El resto de los días, a su casa. No tiene vicios...

Esley soltó un resoplido.

—¿Y no es demasiado perfecto? —graznó.

—Es un buen hombre, Esley —dijo Clayton—. Sólo eso. Si alguien realizara un informe personal suyo, más o menos se expresaría en esos términos, ¿no crees? En definitiva, al menos eso opino, nos encontramos ante un hombre al que deberíamos dejar en paz.

—Pues no vamos a hacerlo, Clayton. Se le vigilará —dijo Esley.

—Allá tú...

—Sin molestarle, será vigilado, en tanto quede clara su exclusión del asunto. Ocúpate de que se realice esa vigilancia, Clayton.

—Está bien.

—Vayamos a *miss* Conway —pidió Esley, encendiendo otro cigarrillo, mostrando cierta desorientación.

—Es una chica joven, simpática, lista, buena secretaria..., y decente. Vive con dos tías en Miami Beach, Los Altos del Mar. Tiene veinticuatro años, y sale muy poco de su casa. Lee mucho, pinta algún cuadro, en sus ratos de ocio. Vive bien con su sueldo, y no se extralimita en nada. Sus movimientos en los últimos días no han variado en lo más mínimo con respecto a los de los últimos meses.

Esley no hizo comentario, entonces.

Se dedicaba a reflexionar.

Sturgeon sí inquirió:

—¿Hay más, Clayton?

—No, señor.

Miraron los dos a Esley, quien gruñó:

—Quiero que se vigile también a esa mujer. Esas palomas podrían resultar gavilanes. Pero insisto: una vigilancia discreta, sin molestar. Si de ahí no resulta nada, tendremos que esperar la llamada de los secuestradores, para intentar su localización.

Clayton miró los papeles que llevaba en las manos.

—Ordenaré esa vigilancia y actuaré de control —dijo.

—Gracias, Clayton.

—Pero opino que perdemos el tiempo.

—¿Entonces qué, demonios? —masculló Esley.

—Si te interesa mi opinión, te diré que nos encontramos ante el secuestro de un industrial con ánimo de lucro por parte de los secuestradores. Así de simple. Estudian, eligen víctima, y...

—¡Y le aguardan en el club, precisamente el único día en varios meses que Penn ha ido al club! —estalló Esley—. Me parece excesiva coincidencia, Clayton. Así que a trabajar.

Clayton se esfumó.

Lo hizo poco después Esley, tras aplastar un cigarrillo casi entero en el cenicero que había en la mesa del despacho.

La señora Penn estaba tirada de cualquier manera en el lecho. Su escasa ropa de dormir, en la claridad ambiente tan sólo, que penetraba por la ventana, sugería algo lleno de sugestión. Pero las cosas cambiaban cuando Verónica tenía que recurrir a lo que llevaba dentro... Se truncó la sugestión al despertar.

La hizo pedazos con aquel grito histérico, prolongado...

Fue lo primero que hizo al recuperarse de aquel desvanecimiento: chillar repetida, agudamente, y encogerse en el lecho, tapándose hasta el cuello con las sábanas, mirando con ojos desorbitados en torno, por la habitación.

Sin ver nada.

Oyó, no obstante, rumores; alguien caminaba muy rápido, casi corría. Llamaban a la puerta; se filtraba la luz del pasillo por debajo. Y sonó la voz llena de alarma del de ordinario circunspecto George.

—¡Señora Penn, señora Penn...! ¿Le ocurre algo...?

Ella, temblorosa, aún hierática la mirada, gritó:

—¿Eres tú, George?

—Sí... ¿Ocurre algo, señora?

—Entra... Entra, George...

El criado entró; un tipo discreto, evidentemente. No pasaba del umbral, pese a que Verónica estaba muy tapada, y agitaba las sábanas con su temblor.

—George..., ¿le..., le has visto...? —inquirió Verónica.

El criado vacilaba.

—¿A quién, señora? —inquirió.

—¡A ese hombre, a ese tipo casi gigantesco, mono...! —chilló Verónica.

—Lo lamento, señora... Yo dormía; no he visto a nadie. Me despertaron sus gritos, y me alarmé...

—¡No le has visto...! Yo, sí... Entró aquí... Me desmayé del susto... Un tipo alto, recio, moreno... apenas le vi el rostro, pero sí el brillo de los ojos, creí... creí que iba a matarme...

George tenía una expresión muy hermética en aquellos momentos.

Verónica ordenó:

—Trae a Alice, George. Quizá ella haya visto...

—Lo dudo, señora. *Miss Alice* no está en casa.

—¿Qué hora es? —Se enfureció Verónica.

—Pasa de medianoche, señora...

—Y no está aquí esa..., ésa... Llama al FBI, ahora mismo, George. Mientras, me vestiré.

—Bien, señora.

George se alejó. En cuanto a Verónica, muy excitada, aún temblando, salió del lecho y se despojó de la ropa de dormir. Allí, en la penumbra, desaparecía el significado de su edad. Era preciso comprender al señor Penn, su deseo de aquella belleza fuera de lo común...

Verónica se puso el discreto y elegante traje azul, se arregló un poco el cabello... Estaba tan pálida que requería algo de maquillaje, pero no le pareció oportuno. El señor Howard comprendería. Además, la señora Penn sabía que estando pálida su belleza adquiriría un tono patético que rejuvenecía...

Bajó al salón, tras cerciorarse de que Alice estaba ausente.

Cuando Esley entró en el salón, Verónica casi se lanzó sobre él, con gritos y exclamaciones.

—¡Ha sido horrible, señor Howard...! ¡Horrible, se lo aseguro...! Parecía un gigante..., y se acercaba a mí... Le vi bien. Él me miraba con sus terribles ojos negros... Me desmayé... Creí que aprovecharía cara estrangularme... He pasado tanto miedo...

Esley estaba un poco desconcertado; además tenía muy serias dudas con respecto a la veracidad de aquella historia. Podía ser una simple pesadilla, o una manifestación neurótica de la señora Penn. Y, maldita sea, para eso le habían sacado de la cama con la llamada urgente...

—Trate de calmarse, señora Penn... —decía—. Siéntese, por

favor.

—Sí, sí... Ya estoy más tranquila...

—Veamos... ¿Cómo pudo entrar ese hombre?

—Lo ignoro... George lo cierra todo.

George, que estaba cerca, carraspeó.

—¿Ocurre algo, George? —inquirió Verónica.

—Debo decir que cuando *miss* Alice está ausente, dejo la puerta lateral del garaje abierta, señora.

—¡Oh!

—Entonces, pudo entrar por ahí —dijo Esley—. ¿Han notado que falte algo?

Verónica abrió mucho los ojos.

—No pensé en eso... —murmuró—. ¿Quieres echar un vistazo, George? Revisa el chalet...

—Sí, señora.

Esley se puso en pie.

—Creo que es mejor que vaya con George —dijo—. Permanezca aquí, señora Penn.

—Pero...

—Por favor —cortó Esley.

Salió en pos de George. Ya en el vestíbulo, Esley murmuró:

—Un momento, George. Diga: ¿qué probabilidades existen de que todo esto se deba a una jugada de la mente de la señora Penn?

—Lo ignoro, señor Howard... Pero..., debería decir que dudo de que el cerebro de la señora se agite tanto..., y perdone mi falta de respeto... La considero incapaz de imaginar nada, pero puedo equivocarme. Las personas que tienen visiones, que sufren de alucinaciones, suelen ser más sensibles.

Esley miró con simpatía al criado.

—Bien... Seré discreto con respecto a su opinión de la señora Penn, George —dijo—. Y así las cosas, echaremos un vistazo. Para empezar, creo que deberíamos ver el despacho de *míster* Penn.

—Pensaba ir allí ahora mismo, señor Howard.

—Andando, entonces.

Sí, un despacho lujoso, muy llamativo con su exótica decoración, en la que Howard, muy pensativo, asombrado, descubría reminiscencias antiquísimas; objetos auténticos de arte histórico. Por lo demás, no tuvo mucho tiempo para pensar en ello, puesto

que George se estaba encargando de hacerle notar ciertas cosas que indicaban claramente que allí se había efectuado un registro. Además, George indicaba que faltaba una estatuilla; una especie de miniatura..., algo que podía ser considerado como un amuleto, según, alguna vez, había manifestado el propio señor Penn.

—No hay duda, George, entonces: han registrado... Y solo, al parecer, falta ese amuleto. La caja fuerte no ha sido tocada... Habrá que hacer una revisión más a fondo. La señora Penn tendrá que hallarse presente, para saber a ciencia cierta si falta algo más.

—Bien, señor Howard.

—Iré a llamar a la Delegación. Un equipo técnico obtendrá toda clase de huellas.

Instantes más tarde, Esley estaba en el salón.

Realizo la llamada telefónica, y luego se volvió hacia Verónica. Rezongó:

—Tan sólo una cosa, señora Penn: no sé si esto puede estar relacionado con el secuestro de su esposo. No sé. Al respecto, por ahora, prefiero reservar mi opinión...

—No es posible... Entraron a robar, y...

—¿Y por qué subir a su habitación sólo para asustarla, señora Penn? No es propio de ladrones comunes.

—Creo que tiene razón...

—Con su permiso, echaré un vistazo al jardín, en busca de posibles huellas.

La dejó plantada, y salió al jardín, encendiendo un cigarrillo. Desde la terraza, vio llegar el auto descapotable, que hacía «eses». Se metía en garaje, y luego aparecía Alice, con el cabello algo desgredado pálida... Quedó ante Esley, tambaleándose ligeramente.

—Oiga... le conozco de algo...

—Soy Howard, del FBI, *miss* Fairhaven...

—¡Pero qué estúpida soy...! —exclamó Alice—. He ido a emborracharme por culpa de usted, y...

—¿Por culpa mía...? Temo que...

—Sí, sí. Al irse usted, me sentí desdichada...

—Vaya, Lo siento.

—¿Paseamos por el jardín, señor Howard?

—No es posible.

—Eh..., ¿qué hace usted aquí a estas horas? ¿Cómo...?

—Han intentado robar, *miss* Fairhaven.

—¿Aquí? ¡Qué emocionante...!

—A su madre no se lo pareció tanto. Le sugiero que vaya a hacerle compañía al salón.

—Tch, tch... Me voy a dormir, señor Howard con su permiso... Por lo general, ni borracha puedo soportar a mi madre, aunque no toda la culpa sea de ella. Sí la tiene de mis borracheras; me anula, me acompleja con su belleza... Estaré en mi cuarto, señor Howard...

—Espere, por favor. Aunque..., no sé si está en condiciones de responder a algunas preguntas.

—¡Por supuesto que sí! Me emborracho, pero no demasiado... — Y soltó una desagradable risa. Pregunte, señor Howard...

—Sólo es sobre las relaciones entre su madre y el señor Penn.

—Magníficas.

Ante la tajante respuesta, Esley emitió un pestañeo; procuraba, de todos modos, que su parda mirada no expresara aquel principio de asco.

—¿Está segura? —inquirió.

—Le estoy... Mi madre es una bella estatua. El señor Penn es... un pagano adorador de estatuas, diría yo...

—Entiendo...

Ella veló los ojos sonreía irónicamente.

—¿Va a preguntarme cuál es mi papel entre los, señor Howard? Hasta puede sospechar que he secuestrado a mi padrastro... —rió de nuevo—. Pues no. No es así. Yo vivo bien, sin complicaciones, y soy persona agradecida, así que nuestro mi agradecimiento no metiéndome con William y mi madre, en lo que respecta a su matrimonio.

—Resumen; nada se sale de lo corriente.

—Nada, señor Howard.

—¿Usted sabe algo de las pesadillas que tuvo señor Penn?

—No; no sirvo para confidente. Para cualquier cosa, William me buscaría en último lugar. ¿Algo más, señor Howard?

—No... Nada, por ahora, buenas noches, *miss* Fairhaven.

—En realidad, lo he pensado mejor; haré compañía a mi madre. Parecía más despejada.

Era media tarde cuando Esley Howard penetraba en el despacho del inspector Sturgeon. Éste se encontraba hablando por teléfono, y parecía tratarse de algo interesante.

—..., voy ahora mismo, Campbell. Inmediatamente. De acuerdo, hasta ahora.

Colgó el teléfono y se puso en pie. Ni siquiera dio tiempo a Esley a saludarle; el inspector dijo:

—Volando, Esley al depósito de cadáveres.

—Señor, los informes de ayer...

—Hablaremos por el camino. Rápido. Prepare un auto.

Nada había que discutir. En cuestión de cinco minutos, el inspector Sturgeon y Esley estuvieron acomodados en el coche del servicio que conducía el propio Esley, en dirección al Hospital Municipal, en cuya parte trasera radicaba la «Morgue». Ya en ruta, Esley inquirió:

—¿Puedo saber de qué se trata, señor?

—Te interesa, en efecto. Ha sido hallado un cadáver en Trade Glade Ranges, en el límite de los Everglades. Por ciertas características del muerto y dada la circunstancia de cierto informe que nosotros habíamos transmitido a la Metropolitan: el capitán Campbell se ha puesto al habla conmigo Supongo que adivinas: se trata de un tipo moreno, pero no es negro, como podíamos suponer más bien indio..., o mestizo de algo. Moreno, fuerte, de ojos negros... Pero ya no es peligroso para nadie.

Esley miraba la calzada, el tránsito.

—Hemos de suponer que ese hombre hallado muerto en Trade Glade Ranges, es el mismo que anoche entró en el chalet de los Penn, para registrar algunas cosas, y llevarse sólo un diminuto amuleto. ¿Es eso, señor?

—Por la descripción que hace el capitán Campbell, sí.

—Nosotros, en todo caso, no podremos identificarle.

—Bueno...

—Así que se me ocurre algo... —Levantó el radioteléfono, poniéndose en comunicación con Clayton, que recopilaba informes en aquellos momentos.

—¿Tú, Esley? —Se oyó la voz de Clayton.

—Sí...

—Para que te vayas enterando, muchacho: la vida de Donna

Conway, como la de míster Neismith, el socio de Penn, no puede ser más normal, están siendo seguidos, vigilados... Perdemos el tiempo, Esley.

—Es posible; ya me ocuparé de reflexionar sobre eso luego. Escucha ahora. Sal de la Delegación, y ve a Miami Beach en busca de la señora Penn. Te esperamos dentro de una hora en la «Morgue». Dile que se trata de un asunto de identificación, pero no le pongas las cosas desagradables. ¿Comprendido?

—Oye, ¿qué...?

—No perdamos el tiempo con explicaciones; ya lo verás.

—Salgo ahora mismo.

—OK. Hasta luego, Clayton.

Colgó.

Permaneció silencioso unos instantes. Luego dijo:

—De paso, intentaré adivinar si la señora Penn ha recibido alguna otra llamada de los secuestradores de su esposo.

Efectuaron su entrada en el patio del depósito, pero no entraron ver el cadáver en tanto no hizo su aparición la bellísima Verónica, que le había encontrado gusto a presentarse como una belleza patética, sin apenas maquillaje, y con expresión asustada. El agente especial Clayton, además, la trataba con mucha amabilidad; más que el señor Howard, que no parecía simpatizar mucho con ella.

Les hicieron pasar a la nave, y allí, dos tipos con bata blanca, siguiendo las instrucciones de capitán Campbell, tiraron del cajón en que estaba el cadáver.

Esley no se molestó en mirar al muerto. Prefería observar la expresión de Verónica. Vio que ella abría mucho los ojos; le temblaba la boca.

—Es él... ¡Estoy segura, es ese hombre...!

Entonces, Esley sí miró el cadáver. Luego a Campbell.

—¿Causa de la muerte, capitán? —inquirió.

—Dos balazos en la espalda. No murió en el lugar en que le encontramos. Creo que debieren cargarle en un auto, y trasladarle allí. Yo, en lugar del asesino, habría llegado un poco más lejos, hundiendo el cuerpo en cualquier pantano...

—Por fortuna, usted no es el asesino, capitán, prefiero los que cometen errores —gruñó Esley—. Señora Penn: ¿ninguna duda?

—No, no... Es él... ¿No lo ven? Ese rostro ancho, moreno... Era

tan alto y recio... Y si vieran como miraba... Es él.

Esley hizo una seña y los auxiliares dejaron el cajón en su sitio.

—¿Tiene las cosas que llevaba encima? —inquirió Esley mirando al capitán Campbell.

—Ahí, en la oficina. Vengan.

Pasaron al despacho al que les condujo el capitán Campbell. Había muy pocos objetos; ninguna documentación a nombre del muerto. Un poco de dinero, y un diminuto cuchillo de sílex, que tenía perplejo a Esley. No se veía por parte alguna el amuleto.

—No lo tiene, señor —dijo.

—Eso veo... ¿Qué crees que puede indicar eso?

Esley vaciló unos instantes.

—En mi opinión, puesto que está identificado sin lugar a dudas, lo único verosímil es que ese hombre, el muerto, no entró sólo en el chalet de los Penn.

—Sí... ¿Y qué más, Esley? Supongamos que fueran dos. ¿Pelearon por el insignificante botín?

—No lo creo. Ni creo que buscaran eso. Visto el cadáver, deduzco que se trata de algún indio centro o sudamericano; de eso se encargarán nuestros sabios, señor. Y..., quizá les gustó el idolillo, o amuleto o lo que fuese... Con todo, no veo a qué puede conducir este descubrimiento.

—Pasa algo por alto, Esley: los dos balazos en la espalda del hombre, el muerto, no usaba pistola automática.

Esley miró al capitán Campbell.

—¿Los proyectiles, capitán?

—Los envié a sus laboratorios.

—Perfecto. Gracias. Creo que nada más nos queda por hacer aquí, y...

—¡Tengo miedo!

Fue Verónica. Estaba asustada en verdad. Ella no entendía nada de aquello.

—¿Y... y si vuelven? Podrían matarme a mí. Ustedes tienen que impedirlo —seguía, estrujándose las manos.

Esley vaciló unos instantes. En cierto modo, el temor de la señora Penn estaba justificado; al secuestro de su esposo, había que agregar el extraño suceso de la noche anterior, que acababa en un muerto.

—La protegeremos, señora Penn —dijo.

IV

HABÍA sido una velada insospechadamente agradable para Alice, que se había irritado los ojos a fuer de mirar a Esley Howard. Con todas las expresiones de su repertorio que podían, en su opinión, incitar un poco al hombre.

No obstante, Esley Howard se limitó a mostrarse correcto. Eran más de las nueve y media de la noche, y fue cuando Verónica dijo:

—Me siento ya cansada, señor Howard...

—Entonces, puede ir a dormir, señora Penn. No tema. Es poco probable que se repita lo de anoche; en todo caso, confíe en mí.

—Sí, sí... Estoy mucho más tranquila ahora, iba a ponerse en pie, mirando a Alice, sin duda, para preguntarle algo, cuando sonó el teléfono. Se dilataron las pupilas de Verónica, y se volvió hacia Esley, interrogándole con la mirada. Esley miraba el aparato; murmuró:

—Responda, señora Penn.

—Quizá sean los secuestradores...

—Es posible. Debe responder usted.

—Sí, claro...

La voz de Verónica apenas trascendía; sonó débil, vacilante:

—Soy la señora Penn...

—Soy Naismith, señora Penn.

Se oyó el suspiro de Verónica; pareció hasta un poco molesta.

—¿Por qué llama, señor Naismith? —inquirió.

—Tenía que comunicarle que he reunido ya el millón de dólares. ¿No se ha producido la llamada que esperamos?

—Pues no...

—Es muy extraño, ¿verdad? Bien..., ¿qué hago con el dinero? Es nada menos que un millón de dólares, señora Penn. ¿Se lo traigo?

—No sé... Espere, señor Naismith; un segundo.

—Bien.

Verónica miró a Esley, que parecía bastante decepcionado. La mujer dijo:

—No sé qué hacer, señor Howard... Es Naismith; tiene el dinero, y pregunta si lo trae aquí...

Esley reflexionó unos instantes. No era tan descabellado pensar que lo que había buscado aquel tipo, que luego resultó muerto, era el millón de dólares... Era preferible no correr riesgos con el dinero. Dijo:

—No. Que lo guarde en la caja fuerte del despacho.

—Sí, creo que es lo mejor... —murmuró Verónica.

Acto seguido, transmitió las instrucciones a Naismith. Éste, muy correcto, como siempre, preguntó si necesitaba algo. Ante la respuesta negativa, acabó la comunicación telefónica. Verónica colgó el aparato, y se estrujaba las manos, mirando a Esley.

—Es realmente extraño que no llamen... En fin, me siento agotada por momentos, señor Howard. ¿Vas a dormir tú también, Alice?

—Aún no —fue la respuesta de Alice.

Verónica parecía estar disculpándose por su cansancio, debido a los sustos, a las emociones últimas, y acabó por desaparecer del salón, dejando solos a Esley y a Alice. Ésta, apenas hubo desaparecido su madre, empezó a sonreír y a iniciar el acercamiento hacia Esley.

—Estoy dispuesta a compartir su vigilancia, señor Howard... —susurró.

—No se lo aconsejo, *miss* Fairhaven...

—Llámeme Alice. Por favor..., Esley...

—Una vigilancia de este tipo suele ser aburrida y carente de emociones, Alice. Por otra parte, no pienso ejercerla aquí dentro, sino en el jardín.

—Magnífico... La idea me seduce, Esley. Hay luna llena, y...

Esley negaba con movimientos de cabeza.

—Temo que no lo comprende —cortó a Alice—. Estando usted y yo juntos podríamos ser descubiertos, si alguien intenta entrar.

—Pues tanto mejor, ¿no? Se trata de ahuyentar esos ladrones... ¿no? —inquirió, ante la expresa de Esley.

—En absoluto, Alice. Se trata de que entren.

—Pero...

—Necesito atraparles. ¿Lo comprende ahora? Alice vaciló, empezaba a mostrarse resignada, con esfuerzo.

—Creo que sí... —dijo—. Si no entran, usted habrá perdido el tiempo, ¿no es así?

—En efecto.

Esley se puso en pie.

Apagó el cigarrillo que tenía a medias, y agregó:

—Deje el chalet a oscuras, Alice. Hay que causar impresión de que todo el mundo duerme.

—Lo haré, Esley... Dentro de dos minutos.

—Gracias.

Esley se alejaba. Estaba convencido de que Alice emplearía los dos últimos minutos en ahogar su decepción en un descomunal trago de *whisky*.

Esley se movió apenas, en un rincón de la terraza, hasta que Alice dejó a oscuras todo el contorno. Sí..., luna llena, en efecto; no parecía que hubiese de ocurrir nada...

El hombre del FBI palpó la radio de bolsillo. Si transcurría un tiempo prudencial y no sucedía nada, pediría relevo a la Delegación.

Llegó un momento en que todo quedó en calma absoluta; apenas se movían las hojas de árboles y plantas. La luna acababa de ocultarse tras una nube; su desaparición sería corta, de todos modos...

Súbitamente tenso, Esley deslizó la diestra hacia el costado izquierdo, y empuñó su automática.

Se deslizó, procurando no hacer ruido. Distinguía ya una sombra. Luego, la sombra quedaba colgada un par de segundos, con un balanceo característico, para tomar impulso.

La sombra se soltó de la rama y cayó al jardín sobre el césped, tras unas plantas de grandes hojas abiertas en abanico, que podían ocultarla..., de no haber sido vista inicialmente.

Y estaba la sombra en plena flexión, cuando Esley actuó.

Sin escándalo, sin alzar la voz; tranquilo, a espaldas de aquella sombra, que había sorprendido bastante a Esley.

El hombre del FBI estaba clavando la automática en la nuca de

una mujer. Una mujer alta, estultísima, con la faz un poco ancha, pero con dulzura de expresión. Una mujer con el cabello muy negro, cortado en una melena corta. Llevaba un jersey oscuro, como la corta falda; su piel resultaba oscurecida, pero brillante y tersa.

—Póngase en pie. Despacio —ordenó, sin alzar la voz, Esley.

La mujer se había estremecido fuertemente. Volvió un poco el rostro, y Esley descubrió una honda mirada negra, que incluso parecía suplicante...

Era fácil descubrir en aquella mujer un parentesco, siquiera racial, con el hombre hallado muerto en Trade Glade Ranges.

—Camine hacia la casa —dijo Esley.

Ocurrió entonces.

Aquel árbol, de súbito, desgranó otro fruto.

Un tipo grande, fuerte, moreno, de ancha faz, cabello muy negro.

Cayó sobre las espaldas de Esley, y éste, a causa de la sorpresa, no pudo sostener el peso y cayó derribado de bruces, con aquel hombre encima suyo, aplastándole. Además, su pistola se había escapado, y estaba al pie de aquella planta de grandes hojas.

De todos modos, Esley no permaneció quieto, aperando el golpe de gracia. Con unos movimientos eléctricos, en barrena, y desollándose ligeramente la mejilla derecha, pudo escapar en parte del peso de aquel hombre, para luego retorcerse y lanzar el antebrazo contra el rostro moreno.

Hizo blanco; fue un duro golpe entre oído y sien que si bien el gigante encajó sin grandes perturbaciones, fue suficiente para que Esley consiguiera salir de debajo de aquel corpachón.

A Esley le asombró un poco la ingenuidad de aquel hombre; le asombró también que aquella mujer estuviera quieta, como horrorizada. Le sorprendía que la mujer no corriese hacia la pistola y le vaciara el cargador en la cabeza. Además, no llevaban encima armas de ninguna clase, por lo visto.

Sin embargo, Esley no se detuvo demasiado en analizar. Aprovechó la ingenuidad del gigante y le aplicó la parte exterior del pie derecho en el mentón; se produjo un chasquido, pero el tipo apenas se estremeció. La mujer pareció gemir. Y al instante, con voz contenida, decía algo, en un idioma totalmente extraño para Esley.

El gigante, entonces, soltó una especie de rugido, soporte el

segundo puntapié de Esley, y con siguió atraparle por un tobillo.

Fue cuando a Esley se le erizó el vello.

No esperaba aquella reacción. El gigante, habiéndole atrapado el tobillo, le derribó; mientras se ponía en pie, sin soltar el tobillo del hombre del FBI. Y ahí empezó a girar, a dar vueltas... Esley se sentía como en un tiovivo espeluznante.

Su muerte era casi segura si el gigante le soltaba en el momento en que estuviese encarado hacia la valla, hacia el muro... Allí dejaría los sesos... Mientras, la mujer se deslizaba hacia el árbol. El gigante soltó a Esley, por fin, pero sobre las plantas; aterrizó, bastante mareado, no muy seguro de que había tenido tanta suerte.

Apenas acertaba a erguirse.

En cucullas, sacudiendo la cabeza, veía a la mujer ya sobre el muro, a punto de salvar la verja. En cuanto al hombre, había saltado hacia una rama, que gimió bajo su peso. Pese a su corpulencia aquel hombre era bastante ágil, y consiguió saltar sobre el muro, ya al primer salto.

Esley corría hacia ellos.

De pronto, se oyó un grito ronco, ahogado.

El gigante, que de un solo salto podía pasar al otro lado, pareció perder el equilibrio; sus manos resbalaron, perdió el apoyo de la rama y cayó sobre las puntas de la verja, para, desde allí, pasar de nuevo al jardín, pero inerte, rodando por entre hojas y flores...

La mujer, con los ojos muy abiertos, se había erguido. Sobre el muro, vacilaba, evidentemente, entre saltar al exterior, o hacia el jardín, para acudir junto a aquel hombre.

Esley decidió por ella..., aunque sólo en cierto modo. El hombre del FBI aprovechó las vacilaciones de la mujer, para agarrarla por una pierna y tirar de ella.

Se oyó el grito corto, agudo, de la mujer.

Esley no tenía previsto aquello; la mujer, blandamente, caía sobre él; tenía que hacer esfuerzos por sujetarla, sin comprender qué estaba ocurriendo... No lo comprendió hasta que sus dedos quedaron de lleno en aquella zona húmeda, pegajosa, caliente, de la espalda de la mujer.

El hombre del FBI, con un sudor súbito, la dejó en el suelo. De bruces. Y veía la mancha de sangre que se iba extendiendo, por la paletilla derecha de la mujer.

Miró hacia el gigante, y corrió hacia él.

Lleno de ira, sin comprender qué demonios estaba ocurriendo, Esley hizo girar el cuerpo de aquel hombre. Lo primero que observó fue que allí no había vida. Aquellos ojos negros estaban apagados para siempre; la ancha faz, desfigurada por el dolor, por la angustia de la muerte. Y sangre... Sangre en la espalda; un orificio cerca de la nuca, y otro desviado una pulgada y media del centro, hacia la izquierda.

La mujer se encogía, gemía de dolor, pese a que Esley creyó percibir su esfuerzo por evitar aquellas manifestaciones.

Luego, el hombre del FBI miró hacia el muro. Una mueca plegó su boca, con rabia. Ya era perder el tiempo... Desde el exterior, les habían disparado, a matar...

La más estricta lógica indicaba que era inútil saltar y buscar al asesino...

Esley juntó las cejas. Un secuestro, asesinatos, genuinos intentos de robo..., ¿o era otra cosa? Puesto que ya nada podía hacer por el muerto, se encaminó hacia la mujer. Con cuidado, examinó la herida. Era grave, pero no parecía mortal si recibía los auxilios necesarios a tiempo. La acondicionó lo mejor que pudo, irguiéndola un poco para facilitarle la respiración. Ella le miraba; había miedo en aquellos ojos..., había súplica... Y lágrimas.

Esley, sin dejar de mirarla, extrajo la radio del bolsillo.

La respuesta:

—Soy Slim; adelante, Esley.

—Manda inmediatamente una ambulancia a Sarazen Street, al chalet de los Penn. Con toda urgencia, Slim, es muy importante.

—¿Qué ha...?

—No me interrumpas. Destaca también a alguien rara que colabore conmigo en la búsqueda de huellas. Indica que del cadáver extraiga los proyectiles, y que se compruebe a la mayor brevedad si son como los que mataron al tipo de Trade Glade Ranges. ¿De acuerdo? Corto.

Guardó la radio.

Se inclinó junto a la mujer.

Tras observarla unos instantes, el hombre del FBI sintió algo extraño. Aquella mirada negra era... pura; mirada humana pura. Algo que aparecía claro en el cerebro de Esley, pero que

difícilmente podría explicar a alguien.

—¿Quién eres? —inquirió, por fin, con tono suave...

Ella sólo le miraba.

Esley se humedeció los labios.

—Está bien... Ya hablaremos. No tengas miedo. Ahora, te conduciremos a un hospital. Curarás...

V

PESE a que se había trabajado con rapidez, era bastante tarde; de madrugada. Consumiendo cigarrillos, paseando, mesándose los cabellos, Esley, en el despacho del inspector Sturgeon, con éste y Clayton, esperaba noticias.

Entró Palmer, de Balística. Atrajo de inmediato la atención de los tres hombres.

—¿Qué, Palmer? —inquirió el inspector Sturgeon.

—Positivo, inspector —fue la respuesta de Palmer.

—Eso quiere decir que las balas que mataron al hombre de Trade Glade Ranges fueron disparadas por la misma pistola que mató al hombre en jardín del chalet de los Penn... ¿Es eso? —dijo el inspector.

—Así es.

—¿Alguna particularidad sobre el arma?

—Al respecto, confeccionaré un informe escrito por si fuese posible buscarla, inspector.

—Bien, Palmer. Por el momento, ya sabemos algo..., aunque lo imaginábamos. Hasta mañana.

Palmer se retiró, Esley se acariciaba el puntiagudo mentón. Su ceño estaba fruncido desde hacía varias horas. Sin decir una palabra, se acercó al teléfono y marcó el número del St. Francis Hospital.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió el inspector.

—Saber si puedo hablar con esa mujer, señor.

El inspector hizo un gesto de duda, pero no se opuso a que Esley llamase al hospital.

—¿Doctor Sheridan? —inquirió, tras establecer comunicación.

—Soy Cordell, médico de guardia. ¿Necesita...?

—Howard, del FBI. Es sobre la muchacha intervenida esta noche de una herida de bala en la espalda.

—Sí, sí... Hace media hora estuve reconociéndola...

—¿Cree que podría hablar, doctor Cordell?

—¿Ahora? ¡Imposible!

—Es urgente, doctor...

—Le creo, señor Howard, pero si ustedes tiene de veras interés por hablar con esa mujer, debe esperar, como mínimo, hasta mañana por la tarde. Le aseguro que no son precauciones gratuitas por nuestra parte... La intervención ha sido seria, y... digamos que está amordazada por sueros, inconsciente aún... En suma, no es factible, señor Howard.

—Bien... ¿Inspira cuidados su estado? Quiero decir si existe algún riesgo de que muera.

—No creo... La impresión es buena. De todos modos, le pondría al corriente de suceder algún imprevisto.

—Gracias, doctor. Le volveré a llamar mañana.

—Buenas noches, señor Howard.

El doctor Cordell abandonó su despacho, situado en la primera planta, y fue hacia el ascensor; llamó y subió a la segunda planta, donde se encontraba la desconocida. El amplio pasillo estaba solitario en aquellos momentos; el silencio del hospital, de por sí notable, era absoluto en las horas de descanso.

Al fondo, en el cuarto de las enfermeras, había luz.

El doctor Cordell fue directo a la habitación donde se encontraba aquella mujer. Abrió la puerta y se metió en el cuarto.

Ni siquiera tuvo tiempo de extrañarse por lo que sucedía. En cuestión de segundos, se apagó la luz de la habitación, se cerró la puerta a espaldas del doctor Cordell, y éste recibió un duro golpe en la nuca.

Un leve gemido brotó de la garganta del doctor Cordell. Cayó al suelo y quedó como aplastado con una mejilla sobre el mosaico.

Allá, en la oscuridad del cuarto, brilló un rostro sudoroso.

Una sombra empezó a moverse, con rapidez, con cierto nerviosismo. Se acercaba al lecho.

Sobre la cama, destacando sobre las blancas sábanas, estaba la inconsciente desconocida, bien acomodada de costado, encarada al complejo de sueros, uno de los cuales le penetraba por un orificio

de la nariz. La sombra, ante la herida, vacilaba; pero sólo fue cuestión de segundos. De sendos tirones, arrancó los sueros de la nariz y el de aguja del brazo. Con prisas, de un modo precipitado, sin miramientos, la sombra tiró de la desconocida, acercándola al borde del lecho.

Miró, luego, en torno.

Se acercó a la ventana, y la abrió; la brisa húmeda de Indian Creek penetró en la estancia.

La sombra miró hacia abajo. La altura de la segunda planta era considerable; y mucho más, teniendo en cuenta las especiales circunstancias de aquella mujer.

No más vacilaciones.

La fue arrastrando; la herida parecía gemir, removerse...

Ya estaba en el marco de la ventana.

Hasta que desapareció.

Sí, se oyó un choque, abajo...

Aquellos dos grandes puños, morenos, blanquecinos en los nudillos, estaban sobre la mesa del inspector Sturgeon.

Esley Howard no había estado nunca tan furioso y desconcertado.

—Sin pistas, señor... La única que teníamos, nos la hemos dejado arrebatar... —mascullaba—. Confieso que no sé qué hacer. Esos muertos no hablarán, y los secuestradores de míster Penn parecen haber optado por el silencio...

—Tienen que dar señales de vida, Esley...

—¿Cuándo? —Gruñó Esley.

—Eso lo ignoro. Pero...

Al inspector le interrumpió el sonido del teléfono. Cambió una mirada con Esley y fue éste quien tomó el aparato.

—Howard al habla —dijo.

—Señor Howard..., soy la señora Penn...

—¡Señora Penn! ¿Ha ocurrido algo? La escucho...

—Bueno, en realidad..., son malas noticias, me parece... —decía Verónica con voz poco firme.

Es ley pestañeó.

—¿Malas noticias? —musitó.

—Se trata de..., de una llamada de los secuestradores...

—La escucho, la escucho —se impacientó Esley.

—Dicen que..., que saben que el FBI interviene, que vigila, que piensa actuar... Aseguran no tener prisa alguna; que no piensan abandonar la posibilidad de obtener ese millón de dólares, y que no volveremos a saber de ellos en tanto el FBI siga cerca de nosotros. Me..., me han dicho que todo irá muy mal para mi esposo si yo no consigo alejarles a ustedes. Yo... no sabía qué hacer...

—Hace bien en confiar en nosotros. Y..., desde este momento, al menos en apariencia, el FBI se va a desentender del asunto. Usted, señor. Penn, espere una nueva llamada, y no se moleste en llamarnos, ni en comunicar nada. Yo veré e medio de que todo se haga del modo más discreto posible para que crean que usted ha alejado a FBI.

—Confío en usted, señor Howard...

—Gracias, señora Penn.

Esley colgó.

Los informes que el FBI había reunido sobre *miss* Donna Conway, la secretaria de míster Penn, eran en realidad fríos, parcos, inexpresivos; tales informes pasaban por alto un detalle: la belleza de Donna Conway.

Una belleza juvenil, sin la menor sofisticación; una chica de cabello color caoba, suelto y largo, sobre un rostro un poquito alargado, una boca preciosa, tersa, sonriente... Ojos color violeta, grandes, rasgados, con una mirada tranquila, amable, de mujer serena, llena de paz.

Acababa de despachar con míster Naismith, que sustituía al señor Penn en determinadas funciones. Y la joven secretaria pasó a su despacho.

Se sentó. En su relojito eran ya las cinco.

El teléfono.

Lo tomó, y se lo colocó en el hombro izquierdo, sin dejar de trabajar, presionando entre el hombro la mejilla el aparato.

—¿Sí?

—¿Es usted *miss* Conway?

Era una voz ronca, desconocida, con tono quedo. Donna prestó atención entonces, sorprendida.

—Sí, soy *miss* Conway... —musitó—. ¿Quién llama?

—Alguien la necesita, *miss* Conway. ¿Estaría dispuesta a hacerle

un señalado favor a míster Penn?

Donna sintió un poco de miedo, aturdimiento. Comprendió de inmediato de qué se trataba.

—Ustedes..., ustedes tienen a míster Penn...

—Así es. Ocurre, *miss* Conway, que la señora Penn ha sido indiscreta, y nos está poniendo en peligro a todos, incluido, por supuesto, míster Penn. Insisto: ¿usted quiere ayudarlo?

—Pero..., ¿qué puedo hacer yo? —musitó Donna.

—Seguir mis instrucciones.

—Bien. No sé...

—No lo piense mucho, *miss* Conway. A la señora Penn le hemos dicho que podemos esperar, pero es mentira. Queremos ese millón de dólares y zanzar cuanto antes el asunto. No podemos seguir tratando con la señora Penn, por su... amistad con el FBI. Usted es la persona ideal.

—¿Yo? Quisiera ayudar, pero no sé cómo...

—Yo se lo diré. ¿Qué sabe del dinero, del millón de dólares?

—Pues..., está aquí, en la caja fuerte... Míster Naismith lo reunió...

—Magnífico, *miss* Conway. En este caso, su colaboración será muy sencilla. Sólo tiene que tomar el dinero, y depositarlo donde yo le diga.

—¡No puedo...! —gimió Donna—. No estoy autorizada a tocar la caja fuerte. Usted tiene que comprenderlo...

—¿Cree que míster Penn podría autorizarla?

—Oh, claro. Pero él...

—Aguarde un instante, *miss* Conway.

Donna, encogida, temerosa, sin saber qué hacer, esperaba.

De pronto, la hizo respingar aquella voz conocida; una voz que sonó un poco aguda; voz de hombre asustado, en mala situación:

—Donna... Donna, soy míster Penn...

—¡Señor Penn! Señor Penn. ¿Dónde está? ¿Se encuentra bien?

—No mucho, pero...

—¿Le han maltratado?

—Por favor, Donna, no importa eso ahora... Yo, la autorizo a tomar el dinero de la caja... haga lo que ellos le ordenen, Donna, se lo suplico...

Donna reaccionó entonces.

—Sí, míster Penn; lo haré. No tema. Hoy mismo regresará a su casa. Lo han dicho ellos... Les obedeceré...

—Gracias, Donna. Los...

Dejó de oírle. De nuevo sonó la voz misteriosa:

—Ahora escúcheme a mí, *miss* Conway.

La comunicación aún se prolongó por espacio de un par de minutos. Donna se limitó a escuchar atentamente las instrucciones que recibía.

Había de comparecer con toda puntualidad: a las siete y media, en el puente de La Gorce Canal.

Debía dejar el auto, subir al puente a pie, y esperar la señal.

Luego, debía regresar a su casa, sin más; sin decir una palabra a nadie. Si le cabía alguna responsabilidad, el propio míster Penn, de regreso rescatado, la salvaría. Ésa era la parte del programa que tranquilizaba un poco a la joven *miss* Conway.

A las siete y veinticinco, dejaba el auto, y se dirigía hacia el puente.

La parecía muy lento el transcurrir del tiempo dos minutos tan sólo se alargaron mucho para ella, a tenor de la relatividad del tiempo.

Las siete y media.

¡Sí! Eran puntualísimos... Allí llegaba la lancha que le habían dicho.

Una luz rojiza osciló, dando la señal convenida. No había, pues, duda alguna.

Un lanchón viejo, con el motor parado, estaba ya bajo el puente. No había nadie en cubierta, no era posible ver nada ni a nadie. El puente no era muy alto, pero la oscuridad impedía hacerse una idea exacta de lo que había abajo.

Observó que, como le habían dicho, el lanza miento del paquete no podía fallar. Sólo dejar caer, y el dinero quedaría a bordo de la lancha que se alejaría entonces a todo motor.

Lo hizo; dejó caer el paquete.

Donna suspiró.

Había sido fácil...

Sólo tenía que ir a su casa, en Los Altos del Mar, y esperar la noticia del regreso de míster Penn.

Como si nada hubiera ocurrido.

Instantes más tarde, Donna Conway estaba en su auto. Se dio cuenta entonces de que la tensión a había hecho sudar, sin darse cuenta. Era cuestión de llegar a casa, y relajarse con un buen baño.

VI

ABRIÓ la puerta una dama de aspecto frágil con unos chispeantes ojos azules, que producían una impresión simpática. Ya cincuentona, de piel fina y blanca, vestida con sobriedad propia de una rancia crianza. La dama se mostraba mu; sorprendida ante la visita.

Aquel hombre tenía... presencia, personalidad en especial, la mirada parda, que parecía un peco... dura; sí, dura.

—Busco a *miss* Conway —dijo el hombre.

Se oyó, desde un rincón del vestíbulo, una voz.

—¿Quién es, Emma?

—Oh, Lucy, corre. Pronto, ven... Hay un caballero que dice buscar a Donna... Corre.

Lucy, bastante parecida a su hermana Emma tardó un segundo en hacerse visible, con los ojos redondeados, asombrada, mirando a aquel hombre. Éste pensó que observándola y dejándolas hablar podría deducir cosas importantes. De todos modos, le irritaba la atención con que era observado por aquellas dos solteronas.

—¿Acaso no está *miss* Conway? —Gruñó por fin—. Sí..., pero no —dijo Lucy Conway.

—No puedo perder tiempo...

—Se supone que usted no va a exigir la presencia de Donna, que se encuentra bañándose en estos momentos, señor. Pero pase; se lo ruego. Es extraño que Donna no nos haya hablado de usted... Por lo menos, debió advertirnos de que a primera vista resultaba un poco... hosco. Adelante, señor.

Esley entró en el vestíbulo. De buena gana se subiese cerciorado por sí mismo, visualmente, de que *miss* Conway se estaba bañando, pero se encontró entre las dos damas, que le miraban y luego se

hacían guiños entre ellas. Esley, por el momento, no tenía interés en deshacer el error de aquellas dos mujeres.

Le sentaron en un saloncito. Y ellas frente a él.

—*Miss Conway*..., ¿podrá decir a Donna que la está esperando Esley Howard, del FBI? —dijo con suavidad, amable incluso, Esley.

Las dos mujeres irguieron el busto.

—¿Sucedé algo, tía Emma?

Desde el umbral, Donna, que parecía un poco confusa, miraba a Emma y Lucy, y también al hombre del FBI, que se puso en pie. Tras reflexionar por espacio de dos segundos, Esley dijo, mirando a Donna:

—Quiero hablar con usted..., a solas, *miss Conway*.

—¿A..., a solas...?

—Es agente del FBI, Donna... —dijo, débilmente Emma.

Donna palideció de pronto, ante la sorpresa da aquellas dos mujeres.

—Por favor, tía Emma, tía Lucy, dejadnos solos... —empezó Donna.

—Podemos hablar en el jardín, *miss Conway* —dijo Esley.

—¿En... el jardín...?

—Paseando.

—Bien...

Las dos damas estaban sin aliento; algo malo ocurría. No pudieron oponerse a la salida al jardín de Esley y Donna.

—¿No eras feliz? ¿Qué más necesitabas? —masculó, de pronto, Esley, encarándose a ella, mirándola con ferocidad.

Donna pestañeó. Tenía que retroceder; la empujaban aquellos alfileres de hielo. Y su espalda tocaba ya la pared del pequeño cobertizo. El señor Howard seguía avanzando...

—Responde —masculó Esley.

—Y-yo..., yo no le comprendo, señor Howard...

—Pregunto si no eras feliz como antes; como cuando te limitabas a manifestar lo que llevas dentro de ti, en...

—Señor Howard —reaccionó Donna—, creo que se está equivocando. Para que lo sepa, le diré que en ningún momento he dejado de ser como soy. Si trata de intimidarme por estar a solas conmigo, le comunico que dudo de que lo consiga. En realidad, no soy yo quien necesita a tía Emma y a tía Lucy... Son ellas las que

me necesitan a mí. ¿Comprende lo que quiero decir?

Esley la miraba aún a los ojos; no quería mirar aquella boca, el delicado cuello, aquel busto perfecto; la mitad de los muslos que dejaba visible minivestido; sólo quería ver el monstruo; la bestia. No la belleza.

—Pues lo van a pasar mal, Donna. Muy mal. Desde la cárcel, muy poco podrás hacer por ellas. ¿Tienes idea de lo que significa ser cómplice de un secuestro? Es un delito muy grave...

—Señor Howard..., jeso no es cierto!

—¿Sabías que se te vigilaba? Lo malo es que lo hacían tan discreta y... estúpidamente, tengo que decirlo, que sólo te vieron arrojar el paquete del dinero. Cuando quisieron saber a quién y cómo, ya era tarde. Para eso, para averiguarlo, estoy yo aquí.

Donna irguió el busto, entonces.

—Me lo ordenaron —dijo—. Sólo lo he hecho por salvar a míster Penn. No me arrepiento. El propio míster Penn me autorizó por teléfono a abrir la caja; yo no quería hacerlo. Repito: no me arrepiento. Y si cree que le estoy mintiendo, los hechos le probarán que no es así, puesto que esta noche el señor Penn volverá a su casa. Puede que ya haya regresado.

Esley pestañeó; una vez; un relámpago.

—Te llamaron a ti —musitó—. ¿Qué hiciste con el paquete?

—Lo que me ordenaron; desde el puente, le dejé caer a bordo de una lancha.

—¿Qué lancha, a quién viste, qué sabes de ellos?

—Lo siento, señor Howard. Me llamaron, me limité a obedecer... Me dio la impresión de que míster Penn lo está pasando mal, y...

—No viste a nadie, no sabes nada... ¿Cómo era la lancha?

—Pues..., he visto tantas parecidas...

—¡Te estoy preguntando por ésta!

Ella frunció un poco el ceño.

—Señor Howard, tengo la impresión de que usted es un poco raro. En primer lugar, su trato no acaba de gustarme... En segundo lugar...

—Aún puede ser peor —dijo Howard—. Describe la lancha.

Donna pareció ir a estallar; tenía su genio, sí. No obstante, hizo un esfuerzo. Dijo:

—Unas cinco yardas de eslora, y dos de manga; cabina alzada. Más bien vieja. No vi matrícula ni nombre... No obstante, algo me llamó la atención en cubierta. Creo que hay algo grabado... Me parece raro, pero juraría que así es... Algo que una lona intentaba tapar, pero quizá la brisa, o al ser pisada, la lona estaba corrida... Creo que se trata de una sirena grabada en la madera... Algo así. Esley miraba con mucha atención a Donna.

—¿Eso es todo lo que has hecho? —inquirió.

—Sí. Diga..., ¿va a pedirme perdón?

Esley esbozó una sonrisa.

—Aún no... Vamos.

—Oiga, ¿qué...?

Esley no se molestó en responder. Atrapó una mano de Donna, y la hizo trotar a su lado, hacia el «cottage». Entraron, pasaron al salón, y el hombre del FBI fue directo hacia el teléfono. Descolgó y marcó un número, ante la sorpresa y algo de inquietud, de aquellas mujeres.

Donna ya estaba completamente serena.

—¿Eres tú, Clay? —inquirió Esley, tras obtener comunicación.

—Sí, ¿qué pasa? ¿Se ha largado Donna Conway? Maldita sea. Esley, jamás volveré a confiar en nadie...

—Cierra la boca y escucha. Por el momento, moviliza a todo el mundo en las zonas de muelle de Miami a Miami Beach. Confidentes de modo especial; que actúen con toda discreción. Buscaremos una lancha en cuya cubierta hay grabada una sirena o algo parecido... Es todo un dato, Clayton, ¿de acuerdo? No sé qué pasara con la lancha pero hay que localizarla. Puede ser de alquiler pueden haberla vendido... Hay que averiguar lo que sea.

—Ya... Entonces, los cómplices de esa..., de esa..., iban en lancha, ¿eh? Comprendido, Esley. Todo el mundo en movimiento.

—Por si he de moverme, cualquier novedad me la comunicas por radio.

—Bien. Y la mosca muerta se ha largado, y yo.

Esley colgó. Sonreía entonces.

Miró un instante a Donna, y luego marcó otro número.

Era la voz de George la que respondió:

—Diga...

—George, soy Esley Howard. ¿Está la señora Penn?

—Sí, sí. Le digo que...

—No, espere. Responda a esto: ¿Ha regresado míster Penn?

—¿Míster Penn? Pues no... Oiga, señor Howard, ¿qué...?

—Volveré a llamar, George. No le diga nada de esta llamada a la señora Penn. Sólo contribuiríamos a intranquilizarla.

—Haré lo que me ordene, señor Howard.

—Gracias, George. Hasta luego.

Colgó.

Miró a Donna, y dijo:

—Aún no ha regresado.

—Bien..., quizá sea pronto aún. Son sólo las nueve y media... —musitó la joven.

—Sí... Tenemos un margen, ¿verdad?

Esley la miraba de soslayo.

—Si quiere, señor Howard, podemos volver al jardín —dijo Donna.

—No es mala idea... —musitó Esley.

Ella se lo había preguntado:

—¿Por qué me miraba con odio, señor Howard?

—No es difícil responder... Es humano odiar lo inalcanzable. Al verte pensé que hubieras podido ser para mí... Y las circunstancias... ¿Comprendes? Te odiaba por eso; porque tú te alejabas de mí...

—Pero no es así, en realidad —susurró Donna.

Esley la miró a los ojos.

—Ojalá... —musitó.

—¿Aún duda, señor Howard? —inquirió ella.

Estaban sentados en un banquito; a solas, con ramaje encima, de modo que la luz de la luna penetraba por entre aquél.

—No lo sé, Donna... Creo que deberíamos llamar de nuevo a George. Ésta será la cuarta vez... Es medianoche. No sabemos aún nada de la lancha; el señor Penn no regresa, no aparece...

—Llame ahora... —dijo Donna.

—Sí. Vamos.

Olía a flores; Donna olía mejor que las flores. Notó que los deditos de Donna presionaban los suyos. La miró.

—¿Quieres decirme algo, Donna? —inquirió.

—No. No, no... Prefiero que lo adivines... —Fue la respuesta de

Donna.

Esley miró aquel rostro; la luz de la luna hacía brillar la piel, los labios, los ojos... Aquel pequeño jardín era una maravilla...

Esley, casi con brusquedad, siguió el camino, tía Lucy se había sentido mal, del susto, y estaba en cama. Tía Emma aguantaba más, y estaba en el saloncito, sin atreverse a decir una palabra. Tía Emma y Donna miraban a Esley mientras éste marcaba un número de teléfono.

—¿Señor Howard? —Se oyó la voz de George, cauta, queda.

—Sí, soy yo. ¿Novedades?

—Lo siento... El señor Penn no ha llegado...

Esley asintió con movimientos de cabeza.

—Está bien, George...

Colgó, despacio.

Miraba a Donna.

—Nada —dijo, por fin, Esley.

—Me preocupa eso... Por el señor Penn —aclaró a joven.

—¿Sólo por el señor Penn? —inquirió Esley.

—Personalmente, no temo nada.

Lo dijo mirándole a los ojos, serena, sin el menor aspaviento.

Antes de que Esley pudiera hablar, se produjo un zumbido; en el bolsillo de su chaqueta.

Extrajo la radio y respondió:

—A la escucha, Clayton. ¿Qué hay?

—Localizada la lancha, Esley.

—Vaya... Por fin una buena noticia... ¿Dónde?

—Miami. Embarcadero de Bayshore. Parece que no hay nadie en la lancha, pero nadie se ha aproximado aún.

—Voy para allá, Clayton. Sólo vigilancia. Intervención en el caso de un intento de fuga, únicamente.

—Daré instrucciones, Esley.

—Otra cosa; manda aquí a Slim, a vigilar a *miss* Conway.

—¿Pero no decías que se había largado? —graznó Clayton.

—Eso lo dijiste tú. Está aquí, y... quiero a alguien cerca de ella, por un par de razones. Una: para aclarar ciertas cosas. Dos: como... protección. Pudiera ocurrir algo, y no me preguntes qué. Hasta luego, Clayton.

Cortó y guardó la radio.

VII

ERA el agente especial Thomas Payne el que se encontraba en el auto, situado en el embarcadero, a la vista de la lancha, un poco distante, pero no tanto como para que se perdiera cualquier movimiento que se produjera.

Esley había abierto la portezuela del coche y quedó junto a Payne. Éste dijo:

—Ahí tienes la lancha, Esley —señaló el lugar con un gesto—. No hay nadie, me he cerciorado. La lancha es de un tal Barry Hogan, que la alquiló a un tipo, del que apenas sabe que llevaba barba, y que era muy parco en palabras, pero menos parco en soltar dinero... Puesto que Hogan tiene las lanchas para alquilar, nada más hay que agregar...

Esley no quitaba ojo de la lancha.

—Je... Así podemos estar toda la vida... —Gruñó.

—¿Y qué podemos hacer, maldita sea? Eso pensaba yo antes: localizar la lancha; bien, ¿y qué sigue ahora?

—Esperar, Payne... —rezongó Esley—. Si transcurre un tiempo razonable sin que nada suceda, la registraremos. Quizá haya alguna huella interesante. De todos modos, dos hombres aquí, para vigilar esa lancha, somos demasiados.

—¿Qué hacemos, pues?

—Lárgate. De haber lugar, nos turnaríamos.

—Como quieras... Si se produjera novedad...

—Ya sé lo que debo hacer.

Payne se encogió de hombros.

—Vas a aburrirte, Esley —dijo.

—Tal vez. Ya buscaré algún medio para paliar eso. Voy a mi coche. Eh: ¿has dado la descripción del tipo que alquiló la barca al

inspector? —inquirió Esley.

—Sí, claro...

—Pues, hala.

Esley abandonó el auto de Payne, para instalarse en el suyo, situado en la misma zona, en otro ángulo, con la misma visibilidad de la lancha solitaria.

Esley encendió un cigarrillo, y decidió armarse de paciencia.

Por el momento, allí no había nada mejor que hacer que fumar cigarrillos y seguir observando la lancha.

Sin que nada ocurriese.

Parecía que el tiempo se había detenido en aquel lapso de pasividad total.

Sin embargo, Esley empezó a cambiar de opinión, al percibir la llegada de un auto; un vehículo silencioso, que llegó a la punta del muelle, a unas cincuenta yardas de donde se encontraba Esley. El coche apagó las luces al entrar en el muelle, y aún se alejó una decena de yardas a oscuras; se detuvo, por fin.

Esley vio bajar a un hombre; era difícil precisar datos sobre aquella figura, pero un dato vibró en el cerebro del hombre del FBI: el tipo que había saltado del coche llevaba barba. Caminaba con cierta rapidez hacia el muelle, y Esley comprobó, segundos más tarde, que su dirección sólo podía ser una: hacia la lancha.

En efecto. El tipo, tras echar un rápido y poco agudo vistazo en torno, se acercó al muelle. Y saltó a la lancha, haciéndela zozobrar en las tranquilas aguas. Un instante más tarde, se encendía a luz del único camarote.

Esley no esperó más.

Sería pero que muy interesante realizar una entrevista con aquel hombre. Abandonó el auto, pues, y se dirigió hacia la lancha. No percibió rumores, no tenía idea de lo que estaba haciendo aquel hombre. Tomando precauciones, saltó a cubierta; ya con la automática en la mano, se aproximó a la portilla de acceso al camarote. Había que bajar tres peldaños metálicos...

Descendió, muy alentó. Se llevó una sorpresa, a pesar de ello, puesto que se apagó la luz cuando estaba en el último peldaño.

Quedó envarado, en suspenso.

Por fortuna, oyó el resuello, y el golpe que debía recibir en la cabeza lo encajó con el hombro derecho.

Ante el lacerante dolor, Esley no tuvo duda de que le habían golpeado con una barra de hierro.

Aturdido, sudoroso de súbito, Esley no tenía noción de la posición de su enemigo en aquellos momentos.

Pero sonó el resuello. Y dio una rápida vuelta sobre sí mismo, esquivando un golpe que al resonar en el suelo hizo estremecer al hombre de FBI. Sus sesos hubieran podido quedar en aquella barra de hierro, de ser alcanzado.

Y el tipo seguía golpeando, prácticamente a ciegas; no podía tener mucha mejor visibilidad que Esley, quien emprendió la retirada, hasta queda en cuclillas, viendo aquella silueta oscura, con barba, que lanzaba furibundos golpes, con una ferocidad enfermiza... Aquel tipo, por lo visto, necesitaba matar.

Ya sereno, Esley no tuvo dificultades en agazaparse, y tras un corto rodeo, llegar a espaldas del tipo; un salto, y un puñetazo. Esley sabía cómo golpear para dejar sin aliento...

Y el puñetazo en el centro de la espalda dejó al tipo clavado, con el cuerpo formando arco.

Esley le arrebató la barra de hierro, y ordenó:

—No vuelva a moverse... Quietos, eso es... Le haré, en primer lugar, una pregunta: ¿Dónde está mister Penn? Han recogido el dinero, y es justo que le dejen en libertad.

El tipo no decía una palabra; aún no acababa de recuperarse del puñetazo en la espalda.

—¿Dónde? —masculló Esley.

—N-no sé... ¿Quién es mister Penn...? —Se oyó la voz apagada, aún débil, del tipo de la barba.

—Usted, a las siete y media, recogió un paquete conteniendo un millón de dólares; es el precio del rescate. ¿Qué ha hecho con el dinero? ¿A dónde ha ido?

—Usted no sabe o que dice... ¡Ese paquete sólo contenía ciertas revistas de... no muy buen gusto! —exclamó el tipo—. ¡Un millón de dólares...! Usted está loco... que dijeron que recogiera ese paquete y lo llevara a Morningside Park. Lo he hecho, y es todo... No sé nada de un millón de dólares, ni de ese mister Penn...

—¿Quién le encargó el trabajo?

—No sé... Un tipo.

—¿Dónde, cuándo? ¿Dónde está ahora el paquete? ¿Dónde lo ha

depositado?

—¡No sé nada...! ¿Quién es usted? ¿Qué...?

—¿Ha oído hablar del FBI?

Por lo visto, aquel hombre sí había oído hablar del FBI. Soltó un gruñido, y se revolvió. Lo hacía nerviosamente. Con más suerte que intención o pericia, consiguió, al volverse, conectar bien la rodilla en el bajo vientre de Esley. Éste se inclinó un poco, involuntariamente, pero no pudo evitar que el tipo le colocara las dos manos en el rostro, empujándole hacia atrás.

Le obligó a retroceder unos pasos; hasta que la coronilla de Esley chocó contra el tabique metálico del camarote. El tipo aún repitió el golpe, y Esley cayó de rodillas, bastante aturdido; trataba de centrarse, pero sólo veía remolinos de sombras, y aquella figura que, grotescamente, se dirigía hacia los peldaños, iniciando el ascenso a cubierta.

Al ponerse en pie, Esley se tambaleó; estuvo a punto de perder el equilibrio; se asía a puntos invisibles, pero así pudo llegar a la portilla, y subir a cubierta.

Vio a la sombra, en popa.

Oyó, además, un chillido; corto, agudo... El tipo saltaba al agua.

Al oír el chapoteo. Esley pareció despejarse algo más; apareció en cubierta, para ver qué estaba ocurriendo.

Lo vislumbró tan sólo; vio al gigante moreno, con algo en la mano; a continuación, Esley pareció recibir una pedrada en la frente. El dolor le encogió, el segundo golpe le mandó escaleras abajo, inconsciente.

Frente a él, un gigante moreno miraba hacia donde había desaparecido el hombre de la barba. Otros dos hombres como el primero, congéneres, se hicieron visibles. Se expresaban en su idioma:

—Hay que sacarle del agua. Miren sus manos.

Tres pares de ojos muy negros, de mirada profunda y furiosa, centelleante, miraban hacia la borda. El de la barba, por lo visto, trataba de ascender, de subir a cubierta... Se estaba izando a pulso, realizando un esfuerzo... Apareció su rostro empapado, los ojos irritados, saltones... Y al ver a aquellos tres hombres, el tipo quiso soltarse, desaparecer de nuevo...

No obstante, fue atrapado.

Sus manos estaban asidas por las de los gigantes; tiraban de él, le izaban sin remisión...

—Vamos... Arriba...

Chorreando agua, encogido, aquel hombre ya estaba en cubierta.

Oía hablar; los gigantes morenos estaban, al parecer, deliberando; sí, claro, deliberaban...

Con lentitud, Esley Howard iba recuperando la noción de las cosas. Primero, el dolor, la cabeza parecía tenerla a pedazos, abierta. Y ahora cierta tirantez en el rostro; podía ser debido a la sangre que había manado a causa de los golpes, y estaba ya seca.

Por lo demás, notaba algunos traqueteos.

Estaba a oscuras; no podía mover las manos ni los pies; tenía las manos a la espalda atadas.

Cerró los ojos: Otra vez aquellos gigantes...

Resolvió dejar de pensar en ellos, y dedicar su menguado esfuerzo a averiguar algunas cosas sobre la situación en que se encontraba.

Por lo pronto, si quería avanzar, y recorrer el espacio en que se encontraba, tenía que hacerle a rastras. Tardó aún un poco en descubrir que iba en una furgoneta, o camioneta. Y corrían, en ignorada dirección.

Si pudiera saltar...

Tenía que orientarse, arrastrarse.

Observó que el vehículo perdía velocidad; se detuvo de un modo un tanto brusco, por fin.

Pestañeando, trataba de hallar un modo de saltar de allí. Abrirían las portezuelas, y... ¿Y qué, maldita sea? Tenía las manos y los pies atados. Con el de la barba no podía contar...

De pronto, se abrieron las portezuelas; vio las siluetas. Oyó la voz:

—Salga, acérquese.

VIII

MUY cierto que aquellos hombres no usaban armas; cierto también que quizá fuesen ingenuos en cuestión de lucha. Pero no lo era menos que tenían golpes demoledores cuando las circunstancias les favorecían. Esley había visto a la luz al abrirse las puertas. Oyó la orden de acercarse, y se arrastró, con ideas de víbora...

Fue inútil. Recibió un tremendo mazazo, y debía haber tenido un sueño bastante pesado. Naturalmente, el dolor de cabeza seguía.

Y se encontraba en una habitación, a oscuras la luz llegaba por una claraboya, en el techo; luz ambiente, tan sólo. Luz de madrugada.

Y estaba solo allí.

Se abrió la puerta.

Vislumbró unas figuras; luego, alguien, violentamente empujado, entraba en la estancia. A trompicones, con la cabeza por delante. Hasta que se estrelló contra la pared, consiguiendo colocar el hombro, para detener el golpe; luego, quedó sentado.

El hombre del FBI, de pronto, respingó. Veía bastante bien el rostro de aquel hombre.

No, no... No era posible.

—¿Penn? ¿Es usted míster Penn? —susurró Esley, de pronto.

—S-sí...

Esley creyó que entonces sí valía la pena arrastrarse un poco.

Penn jadeaba aún.

No podía evitar que Esley le observara atentamente, a placer.

Luego, se oyó la voz de Esley; queda, en susurros:

—¿QUE HA HECHO DE LA BARBA, MISTER PENN?

El hombre no despegaba los labios.

Su mirada, irritada, ansiosa, estaba muy fija en los ojos de Esley.

Aquel hombre no podía evitarlo...

—¿No me ha oído, míster Penn? —musitó Esley.

—¿L-la... la barba...? Yo no...

—Debo confesarle algo: estoy muy desconcertado; mucho. No obstante, suelo necesitar, de ordinario, muy poco para aclarar mis ideas.

—¡No hay nada que aclarar! ¡Me han secuestrado...!

—Por favor, míster Penn..., no siga. Ésa es una mentira difícil de tragar...

—¿No lo ve? ¿O cree que estoy aquí por mi voluntad?

—Cállese ahora.

—Usted es del FBI Usted tiene que sacarme de aquí...

Esley, de pronto, soltó una seca carcajada.

—Le aseguro que lo haría con mucho gusto Penn. No obstante, le anticipo que no iba a pasarlo muy bien. Primero: lo que usted ha hecho podemos calificarlo de auto secuestro, es un delito. ¿O usted no lo consideraba así?

—No es cierto. Me atraparon en el club cuando iba a...

—No, no, no... No, míster Penn. Nadie le atrapó; nadie le secuestró... Y no se esfuerce, porque ahora veo claro... Ya le he dicho que tardo muy poco en aclarar mis ideas. Usted, repito, se auto-secuestró. Usted debió llegar al club, dejar el auto en el «*parking*», y..., sencillamente, desaparecer, esfumarse. ¿O no fue así?

—¡No es cierto!

—No se excite, míster Penn... Diga, ¿qué probabilidades tenemos de salir de aquí?

Míster Penn no se molestó en responder; había inclinado la cabeza. Aumentaba la claridad, y Esley iba descubriendo más cosas con respecto a aquel hombre.

—¿Ninguna, míster Penn? —inquirió Esley.

Se oyó el murmullo de aquel hombre:

—Me temo que no...

—Ya... Ere previsible. Esos hombres son muy extraños, ¿verdad? Penn no respondía.

Se oyó la risa queda, corta, de Esley, que acabó con un gruñido furioso. Luego, masculló:

—¿Por qué lo hizo, míster Penn? ¿Por qué? Aparentemente, no

tiene sentido que usted se auto-secuestrara; ni siquiera por el millón de dólares que exigía como rescate. Usted es millonario. Al FBI nos consta que sus asuntos funcionan con normalidad, y dan buenos rendimientos... Por tanto, déjeme llegar a una conclusión: usted, al auto-secuestrarse, sólo pretendía ocultarse de esos hombres, de esos indios...

Penn no variaba su actitud; se diría incluso que no escuchaba a Esley, que ya no le interesaba la opinión del FBI, ni de nadie; que estaba demasiado preocupado por su propia suerte, por aquel futuro corto y negro, fácil de adivinar.

—He dado en el blanco, ¿no es así, míster Penn? Hay ciertos detalles que concurren... Sus pesadillas, por ejemplo. ¿No eran debidas a esos hombres?

—¡Sí, ya basta!

M-me...

me amenazaban... Quizá se me ocurrió lo peor para despistarles, pero ya está hecho...

—¿Así, tan sencillamente?

—Usted no entiende... Tenía que ocultarme, sí desaparecer. No sabía cómo... Hasta se me ocurrió lo que usted muy bien ha definido como auto-secuestro... Es verdad: llegué al club, dejé el auto y me esfumé; me escondí. No podía confiar en nadie... Mi mujer es sólo guapa; muy hermosa... No la culpo, ni le exijo más. Ella no me hubiese ayudado. En cuanto a Naismith, es un hombre demasiado honrado... Tenía que hacerlo solo, sin ayuda... Desaparecer, sí. Me auto-secuestré. Y pensé; pensé mucho. Por ejemplo, para dar verosimilitud al secuestro, tenía que pedir rescate. Llamé a Verónica, a mi esposa... Alteré la voz luego, hablé con la mía normal, propia... Ni siquiera podía imaginar el engaño. Y así cobraba realismo lo de mi secuestro...

Esley supo fingir un gesto de admiración.

—Es cierto... Cobraba realismo el auto-secuestro, míster Penn. Usted es muy inteligente...

—¡Ustedes no lo sospechaban!

—No... Admito que no.

—Lo que no entiendo es cómo han llegado a localizarme...

Esley esbozó una sonrisa.

—Pequeños detalles, míster Penn... Muy pequeños; por ejemplo,

alquilar una lancha con características especiales, y no saber ocultarlas, como la sirena grabada en cubierta...

—Ustedes no vieron la lancha...

—Pero sí *miss* Conway —cortó el hombre del FBI.

—Ya... Y habló con ustedes...

—No, exactamente. ¿Sabe una cosa? Hasta hace poco yo sospechaba que *miss* Conway podía tener relación con los secuestradores... Pero no es así, y usted no sabe lo que me alegra haber salido de dudas, míster Penn. Usted jugó con la inocencia de *miss* Conway, con su ingenuidad... La pobrecita aún debe estar esperando el regreso a casa de míster Penn. Y..., hay más: debe estar pasándolo bastante mal. El FBI le va a pedir toda clase de aplicaciones... Hum...

Esley se puso ceñudo.

Como si lo viera: ante la ausencia de Penn, y la desaparición del propio Esley, el inspector Sturgeon trataría de apretarle las clavijas a Donna...

Miró de soslayo a Penn. Por aquel maldito...

—Penn, hable con esa gente. Dígales que me suelten —gruñó.

—Está loco. ¿Cree que me harán caso?

—Inténtelo. Es importante que yo salga de aquí...

—Basta de tonterías. Ni usted ni yo saldremos de ésta.

—Bueno..., yo no desisto, míster Penn. ¿Que les ha hecho usted a esa gente?

—Nada.

—¿De veras?

—¡He dicho que nada! —estalló Penn—. Basta de charla, no me interesa hablar con usted.

—Aún estoy vivo, míster Penn; aún soy agente del FBI, encargado de un caso de secuestro...

—No hay secuestradores, no hay secuestrado no hay caso...

—Se equivoca: por lo pronto, se han cometido, tres asesinatos... ¿Sabe algo de eso, Penn? —inquirió Esley, mirándole con fijeza.

Penn tragó saliva.

—No... —masculló.

—Miente muy mal... Usted no sólo se auto-secuestró para ocultarse de ellos, Penn.

—¿Usted que sabe?

—Es muy fácil. Usted, ocultándose, conseguía poca cosa. Se veía obligado a quedar apartado de todo lo suyo, y por tiempo indefinido. ¿No es así? Buena idea la del auto-secuestro; buena su actuación para darle realismo. Pero..., no era suficiente, ¿verdad? Aprovechando que su familia le creía secuestrado, usted podía matar, asesinar impunemente, sin tener que rendir cuentas luego. ¿No es eso?

—Desvaría...

—No, no... Usted pensó que en tres o cuatro días de auto-secuestro podía resolver el asunto, asesinando a cuántos hombres de éstos se le pusieran por delante; deshacerse de ellos, eliminarlos a todos. Dejó el cadáver de uno en Trade Glade Ranges; mató a otro en su propia casa, cuando estaba saltando el muro... Diga, ¿quién defenestró a la muchacha herida? ¿No son asesinatos, Penn?

Se había endurecido el tono de Esley.

Penn le miraba, rabioso, con aquellos ojos irritados.

—¡No sé nada de eso! Yo sólo me ocultaba...

—Ya se verá. Sabemos que todas las balas halladas en los respectivos cadáveres fueron disparadas por la misma pistola. Estoy empezando a creer que el FBI la ha encontrado ya; bien en el auto con que usted llegó al muelle, o bien en la ancha. Entonces, Penn, no hay quien pueda sacarle de la condena perpetua... ¿No tiene mucha suerte? Hace sólo unos meses, usted habría sido ejecutado por esto.

Penn no respondió.

La claridad era ya suficiente para que Esley pudiera ver los rasgos de aquel hombre, su faz; estaba desencajado, asustado... Parecía un hombre enflaquecido de golpe.

—¿Por qué no siguió matando, Penn? ¿Por qué pidió el dinero del rescate, el millón de dólares?

—Usted que parece tan listo, adivínelo —masculló Penn.

—Podría intentarlo... Por ejemplo, usted estaba asustado, ¿no?

—Sí, en efecto. Va por buen camino...

—Se daba cuenta —siguió Esley—, de que tendría que ir demasiado lejos, saciarse de crímenes, emborracharse, si quería que su plan de eliminar a esos indios saliera bien; porque..., supongo que deben ser muchos. Usted, desalentado, piensa pensó, que no podía matarles a todos, que era una cadena con excesivos

eslabones...

—También es cierto —musitó Penn.

—Es fácil de entender, pues —decía Esley—, que usted, auto-sequestrado en principio, no veía camino ni salida; tan sólo desaparecer de verdad. Pidió, pues, el millón. Con ese dinero pensaba huir definitivamente, de verdad, y alejarse de los indios, perderles de vista... No podía seguir matando; ellos le buscaban... Así, con el dinero, usted sí huía. Y se le habría dado por desaparecido para siempre; le habríamos supuesto asesinado por unos inexistentes secuestradores.

—¡Está bien, así fue, así lo pensé...!

Y-yo...,

no soy un asesino... Tenía que localizarles, ir matándoles... Me pareció, tras el crimen de la muchacha, que..., que era descabellado, imposible... Se me revolvían las tripas a cada asesinato... ¡No podía más! Y..., y es cierto: sabía que ustedes estaban cerca de mi mujer; llamé a Donna. Quería el dinero, y desaparecer para siempre... Ellos no me habrían hallado nunca más... Era un gran sacrificio para mí; dejaba muchas cosas, pero... salvaba la vida... ¡Ellos me matarán...!

—Si no fuese agente del FBI, Penn, diría que usted lo merece —gruñó Esley.

—No me dejaban en paz...

—¿Se considera víctima, Penn?

—Yo...

—Vamos a dejar eso —cortó Esley—. Es evidente que esos hombres buscan algo de usted. En mi opinión, son gente pacífica... ¿Qué buscan con tanto ahínco? Cuando usted desapareció, ellos, desconcertados, le buscaban... Incluso registraron a casa, le dieron un buen susto a Verónica; pero los que lo hicieron han muerto así que no hay nada de qué acusarles. Lo que quiero saber es qué les ha hecho usted. Por qué esa gente pacífica, tranquila, extranjera, le buscan... ¿Por qué le buscan? ¿Por qué usted incluso recurre al crimen?, que quede esto bien claro, no han hecho daño a nadie, no hay de qué acusarles, a excepción de allanamiento de morada, robo de un amuleto... Pero los que lo hicieron han muerto; así que no hay nada de qué acusarles. Lo que quiero saber es qué les ha hecho usted. Por qué esa gente pacífica, tranquila, extranjera, le buscan...

¿Por qué le buscan? ¿Por qué usted incluso recurre al crimen?

—No les he hecho nada.

—¿No? En fin...

Callaron.

Esley estaba ya hacía mucho rato realizando intentos con sus ligaduras, sin conseguir el menor atisbo de éxito.

Penn, por su parte, estaba hundido, reflexionaba... Sólo había caído por la lancha... Ellos le buscaban, le localizaron... La primera parte de su plan había sido excelente; luego, los crímenes... Se veía obligado, tenía que librarse de su congéneres...

—Penn..., ¿qué tal su dentadura?

—¿A qué viene esa tontería? —Gruñó Penn.

—¿Es postiza o natural?

—Natural... Siga, las bromas ahora...

—¡No es una broma! —cortó, seco, Esley—. Acérquese, e intente desatarme con los dientes.

—No es posible...

—Inténtelo. Comprenda que debe elegir entre intentar salir de aquí conmigo, para pasar el resto de su vida en la cárcel, o bien morir. No pierda mucho tiempo en la elección.

Penn no se movió.

Permanecía en silencio.

—Dese prisa, Penn. Imagino que no tardarán en decidir qué hacen con nosotros... Especialmente deben deliberar con respecto a mí. La suerte de usted debe estar decidida...

—¡Cállese! —gritó, sudoroso, Penn.

—¿Por qué tan impresionado?

—Usted..., usted ignora muchas cosas...

—Sobre ellos, todo.

—Pues yo no... Y..., y para matar, son terribles... Casi nunca lo hacen... Ha de ser algo muy grave...

—Y usted lo ha hecho.

—Bien...

—¿Qué les hizo, Penn?

—¡Nada, ya basta! Yo..., yo no conseguiré desatarle...

—Pruebe; déjese los dientes en las ligaduras pero pruebe.

—¿Y usted cree que va a poder contra todos?

—¿Cuántos son?

—Ahora, siete u ocho...

—Usted los localizó, por lo que veo.

—Sí... Yo vigilaba mi casa, sabía que irían allí a ver qué; ocurría conmigo, por qué no aparecía. Les vi, les seguí, localizándoles, y aproveché para cometer mi primer crimen...

—Usted, pues, sabe dónde estamos.

—En Pleno Everglades, a seis millas de Trade Glade Ranges, al norte... Pero no creo que eso tenga importancia, por aquí no hay más que pantanos... Desolación, pantanos...

—Intente ayudarme.

Penn vacilaba visiblemente. De todos modos, lo razonable, lo único que podía interesarle era salir de allí; probarlo. La cárcel no le parecía tan terrible como la muerte que le aguardaba; se le erizaba el vello al pensarlo... Sí, mordería aquellas ligaduras, se dejaría pedazos de dientes, pero lo intentaría.

Empezó a arrastrarse.

—Sitúese a mi espalda, Penn —dijo Esley—. Las manos es lo importante.

Mister Penn obedeció. Le parecía imposible, al ver aquellos nudos, la gruesa soga. Pero la única herramienta que poseían eran los dientes del propio Penn, y éste atacó la soga, royendo, serrando, sintiendo dolor; furioso, sudando, acometido de una enorme prisa...

—¿Hay posibilidades, Penn? —inquirió Esley.

—Cállese, aún no lo sé...

—Bien, siga.

Tirones; baba. La saliva de Penn resbalaba por los dedos de Esley Howard. Éste, además, realizaba esfuerzos, por si conseguía hacer ceder alguna hilacha.

—No puedo más... No podré... —decía Penn, separándose.

—¡Siga!

—¡No es posible!

—Piense un poco, Penn. Vamos, siga...

El tipo, rabioso, atacó de nuevo.

De súbito, se irguió, quedando de rodillas; allí detrás de Esley, mirando hacia la puerta que acababa de abrirse. También Esley quedó quieto, entornando los ojos, mirando hacia el umbral, por el que acababa de aparecer un hombre, al que dos gigantes morenos le habían abierto paso.

Un tipo que, probablemente, era centenario; un hombre muy delgado, con el cabello blanco; debió ser muy alto, pero estaba algo encogido. En su negra y profunda mirada había algo que sobrecogió a Esley. Éste aún no conseguía identificar la raza. Quizá los expertos del FBI ya habían llegado a alguna conclusión, pero...

Aquel hombre resultaba un poco grotesco, puesto que vestía a la europea, con incomodidad, con un traje holgado, blanco... Pero cualquier signo de grotesco ridículo se esfumaba al mirarle a los ojos.

Esley giró un poco, para mirar de soslayo a Penn.

El tipo parecía deshacerse en sudor.

Se oyó la voz profunda, grave, tranquila, de aquel hombre:

—¿No saludas a tu congénere Kicab Umán?

Un inglés muy defectuoso, ciertamente.

El silencio de mister Penn era obstado; miraba al suelo.

El anciano dio unos pasos; parecía no reparar tan siquiera en el hombre del FBI, que sentía una extraña, inexplicable, fascinación.

—Vas a ser juzgado por el Código de Axicoatl —dijo el anciano Kicab Umán.

Penn cerró los ojos.

—Pronto... Pronto. Hacerlo de una vez... —dijo, con voz ronca, temblorosa.

—Sólo los congéneres pueden ser juzgados de ese modo, William Penn.

El anciano hizo un leve gesto. Los dos gigantes fueron a por el aterrado Penn. Le alzaron, tomándole por las axilas, cada uno a un lado; lo arrastraban, lo sacaban de allí. El anciano parecía dispuesto a salir también. Se oyó entonces la voz de Esley:

—Un momento. Espere, Kicab Umán.

El anciano se volvió; le miraba con fijeza.

—Usted no diga nada —murmuró—. Usted volverá a ser libre. Tengo que actuar de acuerdo con algunas enseñanzas que he recibido.

Esley se humedeció los labios.

—¿De dónde han salido ustedes? —inquirió—. Tengo derecho a saberlo. Pertenezco al servicio interno de mi país, Kicab Umán... ¿Cómo han entrado? ¿De dónde salen? Creo..., creo que recuerdo ya... Ustedes deben pertenecer a alguna rama de los mayas...

—Se equivoca. Somos mayas. Puros mayas.

—No es posible. Los...

—Siento no poder darle explicaciones.

De nuevo el gesto; la orden. Y salían todos.

IX

DURANTE varios minutos, Esley había permanecido quieto, pensando. Se sentía impresionado. Kicab Umán no mentía, aquello significaba un tremendo descubrimiento étnico... De todos moros, estaba oscurecido, complicado, por varios crímenes... Por otra parte, aquellos mayas sólo habían podido entrar en el país de un modo clandestino... Y siguiendo a Penn. Persiguiendo a Penn.

Auténticos mayas... Cabía; aquel porte, aquella mirada desconocida para Esley Howard... Otra clase de hombres...

Sacudió la cabeza. Forcejeó. Tal vez Penn había conseguido algo... Sudaba, se le hinchaban las venas del cuello, la frente, las sienes; la sogá se le clavaba en la carne.

No obstante, no podía cejar; tiraba con rabia demoledores tirones que le desollaban.

No oía nada, no percibía movimiento alguno.

De súbito, de modo inesperado, tras un violentísimo tirón, su mano derecha salió disparada libre, ensangrentada la muñeca... Quedó con la mano en alto, algo rígida; empezó a flexionar los dedos. El sudor iba a parar a las comisuras de su boca. Lo demás, fue relativamente fácil. Se había puesto en pie; recuperaba la flexibilidad de los dedos...

Se acercó a la puerta. Lo único que había perdido era la pistola y la radio; tal vez los mayas habían confundido la radio con otra arma.

Disponía, pues, de su ganzúa, y abrir aquella puerta fue un sencillo juego.

La dejó abierta, pero sin empujar; antes, quería cerciorarse de que no había vigilancia. Con sigilo, dejó una rendija, que le permitía ver un pasillo. A juzgar por lo que veía, se encontraba en

una casamata abandonada, en los, Everglades, olía a pantanos... Olor de agua putrefacta...

A solas en el pasillo, se orientó. Era muy raro. No había nadie allí.

Fue avanzando. Había varias estancias, con mucha humedad; había ventanas, con cristales rotos y llenos de polvo y manchas húmedas. Sólo había una puerta cerrada, y Esley se acercó. La cerradura, antigua, con un buen agujero, permitía echar un vistazo. Se inclinó un poco...

Sí, veía algo. Varios hombres. Quizá estaban todos allí, para celebrar el juicio, por el Código de Axicoatl, desconocido para Esley. Sí, veía al anciano, destacado... Y también pudo distinguir a Penn. Hablaban, pero en un idioma extraño para Esley. Probablemente, Penn lo entendiera. Ello resultaba bastante significativo: Penn debía haber convivido con aquellos hombres; le llamaban congénere...

Retrocedió.

Buscó por las demás estancias. Había camastros en una; muy toscos, de emergencia. No usaban el mobiliario, llene de polvo y carcoma...

A Esley se le ocurrió que en algún sitio debía estar el millón de dólares... Pudieron tomarlo, ¿por qué no? Y de él, la pistola y la radio...

Había que seguir buscando; en cualquier rincón.

Penn, gritó:

—¡Acabad de una vez!

Kicab Umán le miró con aquella extraña majestad.

—¿No quieres oír los cargos contra ti? ¿No quieres defenderte? —dijo—. Has cometido el más despreciable de los delitos: el engaño, la tracción. Mentiste. Tú no te enorgullecías de ser nuestro congénere... Burlaste nuestra hospitalidad, nuestro afecto, nuestro desinterés... ¿Qué te interesaba de nosotros, William Penn?

—Somos distintos, Kicab Umán...

—No, cuando te convertiste en nuestro congénere. Tú ya sabías bastante de nuestro Código. Nosotros no somos salvajes; tenemos nuestras leyes, nuestra moral; sabemos regir nuestros actos... ¿Qué te interesaba de nosotros?

—Yo..., estaba en muy malas condiciones, ya lo sabéis. Estaba

perdido en las selvas de Guatemala... Herido, hambriento, febril... Llegué hasta vuestra ciudad oculta, sin saber cómo... Yo no quería descubriros, no me interesan ciertas cosas... Me lo dabais todo, y yo lo tomé.

—Nuestras mujeres, nuestros alimentos, nuestra confianza...

—Sí, sí, sí...

—Y te quedaste con nosotros. Durante cuatro años, viviste en nuestra ciudad oculta. Aprendiste mucho de nosotros, y nosotros de ti. Nos sorprendíamos mutuamente con nuestros modos de vida tan distintos... Tú aseguraste muchas veces que el nuestro era mucho más racional y humano.

—Cuestión de convivencia, Kicab Umán. Yo... os estaba agradecido; era feliz allí...

—No has demostrado tu agradecimiento. Y el tiempo que pasaste con nosotros debió parecerse demasiado largo, ¿no es así? Querías volver a lo tuyos.

—Sí. Lo confieso...

—Nadie te lo hubiera impedido. Pudiste hacerlo con nobleza. Sabes que sólo exigimos silencio a los hombres que nos han descubierto. Y todos callan...

—Lo sé. Jamás os he mencionado...

—¿Nos llegaste a olvidar?

—No... Eso, tampoco...

—¿Esperabas volver a vernos?

—No...

—Por tanto, cuando nos hablaste, cuando nos convenciste para que te proporcionáramos los medios para que nuestra civilización diera un gran salto hacia adelante, tú ya pensabas engañarnos.

—Sí... Sí, así es. Acabemos.

—Dijiste que tú, con nuestra riqueza, irías a tu país, el más civilizado del mundo, y que con esa riqueza conseguirías para nosotros el más alto grado de civilización que podíamos soñar. Nos enseñarías técnicas nuevas, modernas, en todos los aspectos. Nuestras riquezas las convertirías en sabiduría para nosotros, en medios para vivir mucho mejor... Nos dijiste que volverías para enseñarnos a explotar nuestras tierras, para elevar nuestra mente. Todo eran mentiras deliberadas.

Penn apretó los labios.

De allí no saldría jamás...

No se atrevía a mirar aquella tabla tendida en el suelo; la apoyarían luego en la pared, formando un plano inclinado, y a él le atarían a la tabla y...

—Has matado a tres de tus congéneres, William Penn —siguió el anciano.

—Fue por locura... Yo no quería...

—¿Por qué no restituiste lo nuestro?

Penn se humedeció los labios.

—No podía, Kicab Umán..., no podía... —musitó.

—¿Por qué razón?

—Bien..., te hablé mucho de mi país, de mi civilización...

—¿Todos son como tú? —cortó el anciano.

Penn pestañeó.

—Los hay peores... —dijo, entre dientes—. Yo... sólo he engañado...

—Y asesinado.

—Bien...

—¿Por qué no restituiste lo nuestro? Es lo que te pedíamos; lo nuestro, nuestras riquezas, lo que te llevaste con engaños. Nosotros hemos pasado mucho tiempo esperando tu regreso... No concebíamos la mentira, esa sucia traición. Te esperábamos, confiados, hasta que el tiempo nos dijo la verdad. Hemos tenido que encontrarte. Y gracias a lo que nos enseñaste sobre tu país... Gracias a eso. Lo poco que sabemos de tu lengua, de vuestras costumbres...

—No podía restituiros nada ahora, Kicab Umán. El dinero..., las riquezas que tú me entregaste, yo las convertí en dinero, y lo invertí. Monté una industria... El dinero, la riqueza, es ahora esa industria... Yo...

—¿Es nuestra, entonces?

—No... Nadie lo reconocería.

—¿Debemos darlo todo por perdido, William Penn?

—Sí... Aquí, sí...

Hubo unos murmullos entre aquellos hombres.

Todos miraban a Penn, al congénere.

Éste adivinó lo que había en aquellas miradas: asco.

Asco hacia él, naturalmente.

—Debemos regresar a nuestra ciudad, pues, con el conformismo de haber hecho justicia, tan sólo —dijo el anciano.

—Sí... No obstante..., podéis darme un poco más de tiempo, y... Os devolveré las riquezas. Vosotros tenéis mucho dinero; un millón de dólares. Es una fortuna...

—No tenemos nada.

—¿Cómo? ¿Estaba en la lancha, y vosotros...?

—No tomamos nada.

—¡No es posible, estúpidos!

Penn se había excitado. El consideraba poder librarse aún del mal mayor con aquel millón de dólares. Pero aquellos fantoches... ¡sus congéneres! ¡Qué estupidez! Ojalá nunca hubiera llegado a aquella maldita selva y descubierto la increíble ciudad oculta... No fue más que un sueño del que despertó cuando se cansó de aquellas guapas mujeres... Iba a pagar la más desdichada de sus aventuras...

Cuando lo tenía todo; una posición, dinero, una industria, una bellísima esposa; cuando era millonario en su país...

—Sólo tenemos las armas de ese hombre, que se llama Esley Howard. Nada más —repitió el anciano.

—Repito, dejadme tiempo. Y os...

—¿Crees que podemos confiar de nuevo en William Penn?

—¿Por qué no? Es una oportunidad que os pido...

—No es posible.

—Lo perdéis todo... Probadlo. Os demostraré que...

—Odiamos tus demostraciones, William Penn.

Penn jadeaba.

Forcejeó, con una luz de locura en sus ojos.

Era inútil.

El anciano, además, ya extendía el brazo derecho.

La orden... La temida orden.

Se acercaron cuatro hombres a Penn; dos por cada lado. No podía resistir; resultaba un grotesco muñeco en manos de aquellos gigantes. Otros dos, ya estaban colocando correctamente la tabla.

Sin que Penn pudiera evitarle, estaba ya sobre la tabla. Le arrancaron la chaqueta y la camisa, dejándole con el torso desnudo; un pecho muy agitado, sudoroso. Los ojos de Penn se empezaron a desorbitar al ver el cuchillo que depositaban en la mano del anciano.

Muy artístico; una joya, podía decirse.

Y al mismo tiempo, espeluznante.

Una hoja tremenda, de filo que destellaba ante los ojos de loco de Penn.

El anciano se acercó a él.

—Ya lo sabes, William Penn. En una ocasión, me viste hacerlo a un congénere que burló nuestras leyes más estrictas —dijo el anciano. Te toca a ti.

—¡Os condenarán por esto! ¡Es un crimen...! No tenéis derecho. Aquí, vuestra justicia no significa nada...

—¿La tuya te permitía matar a tus congéneres, William Penn?

—No, pero...

—Yo no pido permiso, pues, a nadie, tampoco.

Penn no sabía qué hacer, cómo retorcerse. Era aterrador; le brotaban gotas de sudor como habas. Le arrancarían el corazón; en vivo. Conocía los cortes; vomitó el día que vio hacerlo a Kicab Umán, en la ciudad de piedra... Tres cortes en triángulo; tres incisiones profundas que levantaban el pecho... Le arrancarían el corazón...

—¡NOOO...!

Su grito pareció ser una llamada para alguien.

Se abrió la puerta.

Todos, al unísono, giraron.

Vieron a un Esley Howard muy pálido; a un hombre que había comprendido lo que iba a ocurrir; a un hombre que había visto los grabados de piedra, las innumerables fotografías que lo mostraban; antiquísimos grabados; el hombre sobre la tabla, y el pecho abierto... Justicia y sacrificios.

—¡Sáqueme de aquí..., tiene que sacarme de aquí...! —sollozaba Penn.

La inmovilidad era total en aquella estancia.

Se advertía desconcierto, indecisión. También frustración.

Esley pestañeaba. Roncamente, ordenó:

—Salgan todos de aquí. Despacio. Salgan al exterior.

Nadie se movía.

Penn resollaba con fuerza.

—Empiece a disparar... ¡Empiece! —chilló luego—. Son muchos contra usted...

—Cállese, Penn. Tengo que hacerle una confesión: no pienso arrostrar la responsabilidad de matar a uno solo de estos hombres... No me hago idea de lo que sucederá con ellos, pero por lo pronto, aunque les duela, les estoy proporcionando la posibilidad de salir del país. No han consumado daño alguno...

—Le atacarán... Le...

—Penn. ¿Qué les hizo?

—Sólo son unas bestias que vivían solitarias en una ciudad oculta en las selvas de Guatemala, les engañé, me llevé sus tesoros... ¿Quién va a condenarme por eso, y...?

—Por lo demás, sí. Y ellos querían recuperar lo suyo.

—Mire...

—Basta. —Esley miró al anciano Kicab Umán, y murmuró—. Ordene que le desaten. William Pen: será sometido a la justicia de este país, Kicab Umán.

Sólo le miraban.

No había respuesta, pero se advertía la tácita resistencia a obedecer.

Esley, siguió:

—He avisado a los hombres de mi servicio, Kicab Umán. Tardarán en llegar contados minutos. Llegan con helicópteros; máquinas voladoras que...

—No nos trate como a niños ignorantes —dijo el anciano—. Sabemos de sus aparatos de vuelo.

—Vayan saliendo. Déjenme sólo con Penn.

—No lo haremos.

Miró al anciano.

Éste seguía con el artístico cuchillo en la diestra, cerca de Penn.

—Nosotros no les haremos daño Kicab Umán Yo soy hombre de promesa firme... —dijo—. Tenemos personas inteligentes, prudentes, justas que les podrían aconsejar sobre cuál ha de ser su actitud. Pidan ayuda oficial a mi Gobierno, al de las tierras en que ustedes viven. No cometan, el delito de matar...

Kicab Umán no despegaba los labios.

El anciano reflexionaba, al parecer.

Miró a los demás, a su gente. Murmuró:

—Id saliendo.

Hubo una ligera sorpresa, pero no signos de desobediencia.

Todos mostraban una actitud tranquila, pacífica.

Se encaminaron hacia la puerta.

Penn contenía apenas sus sollozos de alegría.

Con una sonrisa torcida, el hombre del FEI pensaba que pedía haber llegado un poco más tarde...

Por fin, sólo quedaron en la estancia Esley, Kicab Umán y William Penn.

X

MUY atento a los sonidos, Esley sólo esperaba el momento en que oiría los rumores de los helicópteros; era ya cuestión de minutos salvar sin sangre aquella situación. Ciertamente: encontró su pistola y la radio; nada más. Su rápido aviso haría el resto.

Miró al anciano y dijo:

—Salga usted también, Kicab Umán.

El anciano le devolvió una serena mirada.

—Quisiera saber algo... —murmuró.

—Pregunte —respondió Esley.

—¿Quiénes de nosotros pagaríamos las culpas de uno solo? —inquirió.

Esley parecía un poco desconcertado.

—Sólo el culpable —dijo.

El anciano pareció satisfecho.

Esley no comprendía.

No supo adivinarlo a tiempo, si bien su rapidez de reflejos impidió lo que parecía inevitable.

El brazo del anciano aún era rápido y fuerte. Aquel terrible cuchillo que empuñaba se abatía, de pronto, contra el pecho de Penn, quien gritó de miedo. Luego, de dolor, cuando la punta del arma se hundió en su pecho. Tan sólo, no obstante, una pulgada... El anciano quiso descargar otro golpe, pero ya actuaba Esley.

El hombre del FBI, furioso contra sí mismo por no haber adivinado el sentido de la pregunta del anciano, se abalanzó contra éste, atrapándole la muñeca derecha; tuvo que forcejear con él, para obligarle a soltar el cuchillo.

Penn, aterrado, creía haber recibido mucho más daño.

El cuchillo estaba en el suelo, y Kicab Umán dominado por el

hombre del FBI.

Con lentitud, Esley le fue soltando.

Rumores en el cielo.

Muy próximos ya. Los helicópteros tomarían tierra en cuestión de dos minutos.

—Salga también, Kicab Umán —dijo Esley—. Reúnase con los suyos. No ofrezca resistencia.

—Yo pagaré sólo por...

—Nadie le habla de pagos. Salga.

El anciano miró a Penn.

Largamente.

Si embargo, no despegó los labios. Echó a andar; encogido, un poco grotesco con su traje blanco; debió ser muy alto y fuerte, sí... Desapareció instantes más tarde, ante el suspiro de alivio de Esley. Ya aterrizaban los helicópteros...

Miró a Penn.

—Sáqueme de aquí... Me desangro... —gemía Penn.

—Es una herida poco profunda, Penn.

—El maldito...

—Cállese.

En aquel instante, se oían pasos, y el inspector Sturgeon, con Clayton, penetraba en la estancia.

—¿Bien, Esley? —inquirió, rápidamente, el inspector.

—Bien, señor. Es Penn.

—Sí...

El inspector y Clayton miraban muy significativamente a Penn.

—¿Hay que felicitarle por su astucia, Penn? —inquirió, por fin, el inspector.

—No hace falta...

—Ya... Voy a darle unas malas noticias. Tenemos su pistola; es la que asesinó a dos personas e hirió a otra, defenestrada más tarde. Y hemos encontrado también el millón de dólares..., y su barba postiza. Con todo esto, quiero decirle que si se había forjado alguna ilusión para eludir los cargos, quíteselo de la cabeza.

Penn dejó que la barbilla le tocara el pecho.

El inspector aún le miró unos instantes; luego, desvió la mirada hacia Esley.

—Dime: ¿qué pasa con toda esa gente? Ahí están todos,

formando un pacífico grupo, impávidos... Se entregan, sin más... ¿O es otra cosa, Esley? ¿Quiénes son?

—Mayas auténticos, señor.

—¿De veras? Mira...

—Es largo de explicar. Y no podremos aclararlo nosotros; es decir, no nos corresponden decisiones. Conviene cursar un informe a Washington, del que me ocuparé personalmente, señor, primero, aclararé mis ideas, y luego expondré una serie de razones con respecto a ese puñado de hombres. En cuanto a acusaciones, una sola: entrada clandestina en el país...

—Pero...

—Otras muchas cosas las aclarará Penn, aunque pronto está explicado: les estafó. Para ellos, lo ocurrido ha sido una gran afrenta, una incalificable traición. Para nosotros... —Esley esbozó una sonrisa—, no pasa de un engaño, de una vulgar estafa, señor...

El inspector parecía un poco desconcertado.

—Bien, bien... —Gruñó—. Hay trabajo por delante. Ocuparse de esos hombres, y de Penn. A éste le alojaremos en el hotel Delegación del FBI, calabozo número 2. Andando, Penn.

—Tiene que llevarme al hospital...

—No tema, Penn... Sólo juzgamos a la gente cuando se encuentra en plenitud de condiciones. Camine. Puede vestirse antes.

—Tengo derecho a...

—¡Sáquele de aquí, Clayton! —estalló, el inspector, de pronto.

Penn protestaba, pero era inútil. Clayton no le ahorra molestias al empujarle, al sacarle de allí.

Quedaron a solas el inspector y Esley. Éste encendió un cigarrillo que le había ofrecido el inspector.

Sturgeon se acariciaba el mentón.

—No sé, Esley..., tengo muchas dudas... —dijo. Por ejemplo, ignoro si nuestra justicia reconocerá como estafa lo que Penn ha hecho con esos hombres...

—Hay un medio de que así sea considerado.

—¿Estás seguro? ¿Cuál?

—Podrían pedirnos ayuda oficial en todos los sentidos. Protección y ayuda. Una vez reconocidos por nosotros, sí se podría estudiar lo de la estafa.

—En cuyo caso, los millones de Penn dejarían de pertenecerle.

—¿Y para qué los quiere en la cárcel? —Gruñó Esley.

—Cierto... Pero..., ¿y la esposa de Penn?

—¿Esa?

—Tiene unos derechos.

—Hay que reconocerlo —rezongó Esley—. Ella y Naismith. De todos modos, Penn ha multiplicado los millones, y se llegaría a un reparto justo. Pero..., han de ocurrir muchas cosas aún señor. Será un largo y extraño proceso... Ante todo, habrá que dar vida oficial a los congéneres de míster Penn... ¿Vamos, señor? Todo esto, en realidad, lo estudiarán nuestros hombres de leyes.

—Andando.

Al exterior.

Todo era calma. Aquellos gigantes obedecían, se mostraban dóciles. El anciano Kicab Umán miró a Esley; con aquella mirada honda y noble parecía recordarle una promesa al hombre del FBI.

Ya tardaban demasiado en abrir, maldita sea...

Por fin. Sí, ya se abría la puerta, pero había cerrojo y cadenilla por dentro, apenas asomaba el rostro de Emma Conway. Y ella miraba con evidente frialdad a aquel hombre viril, casi elegante pese a su sobriedad, con sonrisa de circunstancias y algo en las manos.

—¿Usted...? ¿Cómo se atreve? —Sonó la voz de Emma.

—Perdón, *miss* Conway. Yo...

—Márchese.

Esley carraspeó.

—Quería... demostrarles mi simpatía, *miss* Conway. Les... traigo unas florecillas...

La viva mirada de Emma se posó en el bonito ramo de orquídeas. Asomó un poco el rostro de Lucy.

—¿Para nosotras, señor Howard? —inquirió Emma.

—Sí, sí... Con mis respetos, y mi admiración...

—Oh...

Lucy empezó a sonreír.

—Creo que usted es una persona amable, señor Howard... —dijo.

—Siento una inmensa alegría ante su opinión, *miss* Conway.

—¿No podría llamarme Lucy?

—Con gran placer, Lucy. Por favor, tomen las flores.

—Bueno..., no puedo pasar la mano...

—¿Puedo sugerirle la solución? —inquirió Esley, muy amable.

—Sí, sí... Se lo agradecería.

—Abra la puerta, entonces.

—¡Oh!

—No sé si debemos —exclamó Emma.

—Por favor.

—Es que..., Donna no está...

—La esperaré.

—Pero..., nosotras estamos muy enfadadas con usted...

—Eso me produce un gran pesar, Lucy... Se lo aseguro. ¿Me conceden la oportunidad de hacerme perdonar?

Las dos damas se miraron.

Miraron a Esley.

—Está bien. Pase.

Le abrieron la puerta, le hicieron pasar al vestíbulo. Lucy se fue con las flores, y Emma se estrujaba las manos.

—No estoy muy segura de que Donna quiera verle, señor Howard —dijo, vacilante—. Usted no se molestó en verla, en decirle algo...

—Tenía muchísimo trabajo, Emma. De veras. Estoy seguro de que a Donna no le puede gustar un hombre que no sepa cumplir con su deber.

—Eso es cierto... En fin..., nos expondremos. Usted no me parece un monstruo, como dijo Donna...

—¿Eso dijo ella...? —inquirió, desolado, Esley.

—Pues sí..., pero me temo haber sido muy indiscreta... Pase a la salita, señor Howard... Pase, vamos... Así...

Le encerró allí.

Esley empezó a triturar un cigarrillo, a pasear.

Maldita sea... ¿El un monstruo? Haría cambiar de opinión a la pequeña. Sí, claro... Como fuese Un lavado de cerebro. Él iba allí a por Donna Conway. Porque no podía olvidar sus ojos, ni su rostro, ni el cuerpo tan femenino, de dulces formas; porque...

—La puerta.

Era ella. Acababa de entrar. Como siempre, sencilla, juvenil con un minivestido...

—¿Usted, señor Howard? —inquirió.

—Yo, nena. Ven acá. Siéntate a mi lado. ¿O prefieres el jardín?

—Temo que sus confianzas están fuera de lugar.

—No digas eso, muñeca... Verás, no pude evitar que te llevaran a la Delegación; yo estaba en manos de...

—Sé todo eso. Yo, al respecto, no tengo nada que oponer. Hice lo que no debía, y, repito, soy consciente de los deberes de los demás. Lo que usted «no» hizo fue dirigirme la palabra; no quiso verme, no estuvo en...

—Más deberes, más trabajo... Los mayas, ya sabes. Si no vienes voy a buscarte.

Donna pestañeó.

—Yo... Usted, señor Howard no puede...

—Puedo. Puedo, nena... Lo que me dé la gana. Pero no quiero perder la paciencia. Estoy aquí para pedirte perdón; si quieres, me arrodillo. Y... y quiero que sepas que me hubiera suicidado si esos bestias del FBI te hubiesen sometido al tercer grado que preparaban para ti. ¿De acuerdo?

—Pero..., usted no habla en serio... ¿Todo eso por mí? ¿Por qué, señor Howard?

—Me gustaría decírtelo al oído. ¿Vienes?

Donna Conway cerró los ojos. Si iba, era un paso decisivo. Pero..., ¿por qué no? ¿Acaso ella había olvidado a aquel hombre? ¿No formaba parte de sus sueños secretos? Y estaba allí..., la esperaba... El paso decisivo, si lo daba...

Lo dio.

Un pasito; otro, otro...

Se sentó junto a Esley en el sofá, un poco tímida, pero mirándole a los ojos.

—¿Esley..., quieres jugar conmigo? Todo esto...

—Acerca el oído, muñeca.

—Por favor, no te burles...

—¡Haz lo que te digo!

Ella vacilaba; acercó su orejita; no podía ver entonces la sonrisa amplia, de oreja a oreja, de Esley. Éste, muy quedo, rozándole la oreja con los labios, susurró:

—He llegado firmemente a la conclusión de que tú y yo, pequeña, no podríamos vivir separados, después de conocernos.

Espera, no digas nada, aún. Sé que estoy en lo cierto. ¿Me aceptas?

La separó un poco, la hizo girar la cabeza, y posó sus labios sobre los de ella.

Tuvo que cerrar los ojos. Y con un esfuerzo, decir:

—Ya has tenido tiempo para pensar la respuesta...

—Tramposo... —gimió ella.

—¿Cómo dices?

—No es verdad que me hayas dado tiempo para pensar... ¿O crees que podía pensar mientras me besabas...?

—Nena: ¿eso significa que te ha gustado?

La respuesta de Donna fue rodearle con ambos brazos, y estrecharse contra él.

Allí, juntitos, en el sofá.

—Responde —exigió Esley.

—Sí... —Sonó, muy débil, la voz de Donna—. Sí, Esley...

—Ejem..., podríamos repetir, entonces.

—Yo no podría evitarlo...

Volvieron a besarse.

La ventana estaba solo entornada, y penetraba brisa fresca, algo húmeda; se agradecía. Además, los aromas del jardín resultaban perfectos para aquella ocasión.

—Esley..., vayamos al jardín. Tía Emma y tía Lucy..., en fin, ellas...

—¿Ir a ocultarnos al jardín? ¿Tía Emma y tía Lucy hacen algo malo?

—Esley...

El hombre del FBI rió entre dientes.

Se puso en pie. Tiraba de una mano de Donna, irguiéndola; la arrastraba hacia la puerta. La abrió y pilló a Emma inclinada, tratando de ver algo por el agujero de la cerradura. Tía Emma cambió seis veces de color, soltaba risitas, gemidos...

—Iba... iba a decirles que tenemos preparada la cena, y...

—Ahora vamos, tía Emma —dijo, con desfachatez, Esley—. Antes, abriremos el apetito paseando por el jardín.

—E-es... es una buena idea...

—Hasta ahora.

Al jardín. Al rinconcito donde ella pasaba horas enteras pintando o leyendo. Acogedor, simpático rinconcito...

—Esley..., ¿y los mayas? Los...

—Oye, ¿me has traído aquí para hablar de ellos?

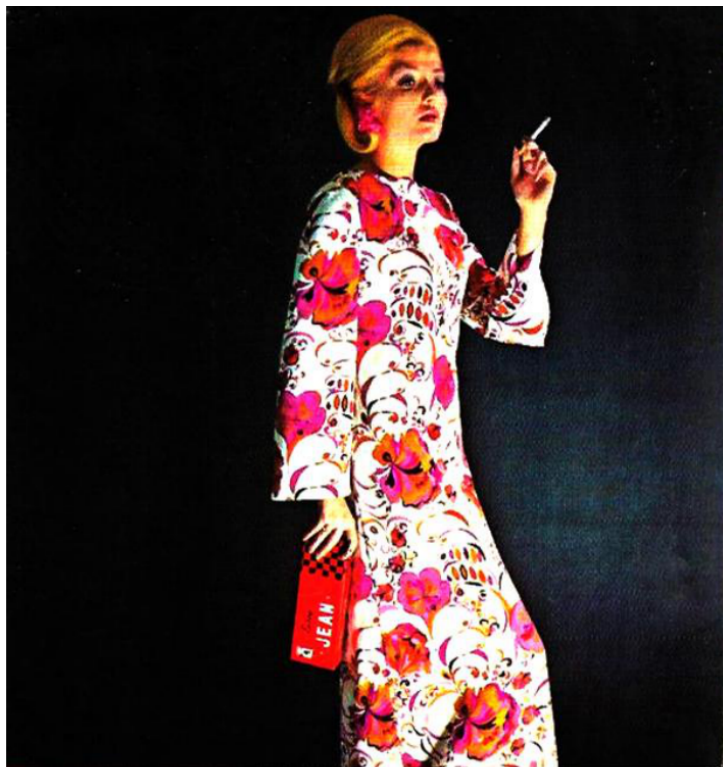
—Yo...

—A lo nuestro. Nunca me ha gustado perder el tiempo.

Dos sombras en una. Esley ni siquiera dejaba que la luna diera en Donna Conway; la tenía tan acaparada... apenas se le veían las piernas, convulsas cuando el beso la ahogaba.

Nada de congéneres. El asunto correspondía a otros; así que cada uno a lo suyo...

FIN



EDITORIAL ROLLAN, S.A.
PINTO (MADRID)

DISTRIBUIDOR NACIONAL:
ORGANIZACION DISTRIBUIDORA IBERICA, S.A.
EDIFICIO ESPAÑA - MADRID

Concesionarios exclusivos en América: **EDITORIAL AMERICA, S.A.**
2180 S.W. 12 Avenue • MIAMI, FLA. 33129 - USA

12
Ptas.

